La grieta en el cielo_2023.indd 1 3/5/2023 00:14:36

La grieta en el cielo_2023.indd 2 3/5/2023 00:14:36

LA GRIETA EN EL CIELO

Guillermo Franco

La grieta en el cielo_2023.indd 3 3/5/2023 00:14:36

© Guillermo Franco, 2023.
© de esta edición: Editorial Rosalba, 2023.

info@rosalba.com.py
www.rosalba.com.py
EditorialRosalba
editorial.rosalba

Colección Hipálage #2
ISBN: **978-99925-12-33-3**

Dirección editorial: **Javier Viveros**

Diseño de tapa: **ADAM**
Ilustraciones: **Fernando Martínez**

Impreso en Paraguay.
Primera edición: Abril de 2023.

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

LA GRIETA EN EL CIELO

Guillermo Franco

EDITORIAL ROSALBA

Colección Hipálage

La grieta en el cielo_2023.indd 5 3/5/2023 00:14:37

La grieta en el cielo_2023.indd 6 3/5/2023 00:14:37

ROSTRO DEL OCASO

Frotó su medalla con los dedos que le quedaban, era una medalla plateada, tan bruñida que reflejaba hasta los detalles de uno de los capiteles del salón auditorio, que ya todos habían abandonado. Estaba con el uniforme lleno de insignias y otros adornos que le hicieron ser el centro de atención, pasaban cerca de él e inclinaban la cabeza en señal de respeto, a una distancia prudencial como si las cicatrices fueran contagiosas, como si estas pudieran reptar por brazos ajenos. Es que sí, uno sabe que va a recibir uno que otro balazo y hasta le pueden tajear la cara, pero no quedan cicatrices simétricas, sino que se hunden en los músculos y hacen que cuando te rías parezca que estás sufriendo la quemadura de un hierro candente en el estómago. Así que es mejor no reír nunca.

La grieta en el cielo_2023.indd 7 3/5/2023 00:14:37

A pesar de que su rostro era como un escupitajo en el piso, tenía las dos piernas como las de un minotauro. Les daba pena aquellos camaradas que usaban sillas de ruedas, no podían vendarse la cara y decir que dentro de poco estarían en condiciones hasta para salir en una propaganda de pasta de dientes, no podían mentir y decir que iban a recuperar el andar si tenían las tibias como varillas oxidadas y el peso de las medallas los llevaba para adelante. Cuántas más medallas se recibía más jodido se estaba, una medalla por cada miembro u ojo, y si estabas muerto te arropaban con ellas. Así que era mejor, después de pasado todo el jolgorio de los honores, guardar distraídamente cualquier tipo de reconocimiento para que no se mida con precisión el nivel de invalidez que se tenía.

Ahora su único problema era afrontar a Sofía, por más buena que sea una persona es muy difícil que esta esté dispuesta a besar una cara que parece una mezcla de escombros. Empezó por verla al salir del trabajo, todos los días, desde la calle del frente.

La grieta en el cielo_2023.indd 8 3/5/2023 00:14:37

Esperaba hasta que ella abordaba el bus y la seguía durante todo el trayecto.

Buscó por internet a los mejores cirujanos plásticos, pero los resultados que prometían no eran definitivos; además, ningún cirujano es capaz de construir un ojo de la nada. Escarbó hasta el último recoveco de la red y encontró un clasificado que parecía burlarse de las deformidades ajenas: una máscara que prometía reconstruir su antiguo rostro mediante inteligencia artificial. Se debían cargar la mayor cantidad de fotos y videos donde se viera la cara del consumidor, para que los músculos de la máscara imitaran a la perfección cada rasgo y gesto.

El precio era irrisorio; tampoco tenía tantas fotos como para poder hacer el proceso, pero entre las pocas que tenía había una en la que salía junto a Sofía, justo antes de enrolarse y no volverla a ver. El pedido le llegaría en diez días. Quería hacer una prueba antes de eso, cruzarse con Sofía de camino a su trabajo para ver si lo reconocía, caminó fingiendo tranquilidad y las personas se apartaban de él, era

La grieta en el cielo_2023.indd 9 3/5/2023 00:14:37

como Moisés abriendo el mar, un mar de personas que podía abrir con su cara, y entre ellas estaba Sofía.

Los días que faltaban para que llegase el pedido le parecieron eternos, el tiempo pareció arrastrarse por un terreno fangoso que no le permitía avanzar. Esperó frente a la puerta hasta que el muchacho del *delivery* dejó el paquete, destrozó la caja con dientes y uñas y vio el producto: una masa granate que tenía pinta a un coágulo de sangre. Las instrucciones indicaban que, aparte de enviar la mayor cantidad de archivos a la memoria biodigital, la masa debía extenderse por todo el rostro y se debía gesticular para que se adaptase a los músculos de la cara.

Después de dos horas frente al espejo, lo logró. Lo que antes parecía una pared picada ahora era un lienzo; pero era un rostro sin identidad, como el de un fantasma blanco. De todas formas, la alegría lo embargó y decidió llamar a Sofía.

La grieta en el cielo_2023.indd 10 3/5/2023 00:14:37

Le dijo «¿Qué tal, Sofía? Ha pasado tanto tiempo», y ella lo interrumpió y no lo dejó hablar hasta que la voz se le agrietó de tanto sollozo derramado. Al otro lado del teléfono, ella estaba con los párpados irritados y cada vez que pestañeaba era como un chapoteo. Él escuchaba, con el corazón henchido de felicidad, todos los cascotazos que Sofía le tiraba por no haberla llamado antes, que ya se había cansado de haber marcado su número tantas veces y que ya lo había dado por muerto, pero que en el cementerio militar tampoco estaba su nombre y cuando ella preguntaba por él todos se hacían de los desentendidos; todo esto mientras estaba sentado frente al espejo, los rasgos de su viejo rostro se iban trazando con lentitud, pero con firmeza.

Cuando terminó la llamada, pensó que al acostarse se encontraría en sueños con Sofía, los dos tomados del brazo, bailando una canción lenta; en cambio, se encontró con el dolor de mil gusanos que penetraron sus poros hasta instalarse en sus nervios. El sueño había parecido tan real que al

La grieta en el cielo_2023.indd 11 3/5/2023 00:14:37

día siguiente sentía la cara hinchada y adolorida. En contrapartida, los rasgos se le iban definiendo cada vez más y su rostro ya no parecía de porcelana.

Pensó mucho en qué lugar se podía encontrar con Sofía, aún no tenía garantía de la funcionalidad de la máscara; los restaurantes y cines eran demasiado concurridos, así que optó por invitarla a su casa, con la esperanza de que no pareciera demasiado atrevido.

—Hasta cuando toco el timbre me da ocupado, y eso que vos me invitaste —le dijo Sofía, le pegó un par de puñetazos suaves en el pecho y lo abrazó sin darse cuenta de que era demasiado—. ¿En qué andás metido para tener un departamento así?

—Digamos que el ejército es muy considerado con sus trabajadores.

Le quitó el abrigo y la guio hasta la mesa.

—¿En serio todo esto es por la guerra? Cuando te fuiste pensé que ibas a agarrar un lugar en el

La grieta en el cielo_2023.indd 12 3/5/2023 00:14:37

frente, no tenías la necesidad de irte así, como queriendo demostrar algo.

—Tenía que irme. Además, allá no hice más que papeleo: control de municiones, provisiones, de uniformes. Nunca me aburrí tanto, pero sentía que por lo menos sumaba algo en todo ese desorden.

Pasaron las horas hablando de lo que habían hecho en todo ese tiempo de ausencia, cada uno narraba sus historias con adornos y omisiones.

—¿Pasó algo mientras yo no estaba?

—Por fin me ascendieron en el banco. Prácticamente tuve que rogarle al jefe para recibir algo que hace tiempo me merecía.

Él se quedó pensativo, uno no logra sus objetivos con martillazos a un mismo sitio. Sofía levantó el dedo y lo arrastró por los labios de él, su mano cargaba con el peso del vino.

—Hay algo raro, si ahora mismo nos sacamos una foto y la comparamos con una antigua, vas a ver

La grieta en el cielo_2023.indd 13 3/5/2023 00:14:37

que vos no cambiaste nada y yo ya sume arrugas y unas cuantas canas. Parece que te fuiste de paseo y no a la guerra.

Él no respondió, dejó que ella siguiera en lo suyo, que paseara sus dedos por cada centímetro de su cara. Se detuvo en sus pómulos y los apretó, los apretó con fruición, hasta ponerlos rojos, hasta que un pedazo de la máscara se desprendió como plastilina y dejó ver el buraco repleto de cicatrices. Sofía no dijo nada, una corriente fría recorrió su espina. Él le arrancó el pedazo de la mano y lo volvió a colocar en el lugar vacío.

—No es nada en realidad, lo compré hace poco. Si querés te explicó —dijo él.

Puso su mano sobre el hombro de Sofía. Había que tranquilizarla por su propio bien. La acompañó al armario, la arropó con el mantel para que no pudiera moverse.

La grieta en el cielo_2023.indd 14 3/5/2023 00:14:37

—Es muy útil quedarse quietos cuando algo estresante sucede, Sofía. Cuando más quieta y callada te quedes, será mejor.

Fue al baño y se miró al espejo, el pedazo antes suelto ahora estaba firme, lo estiró y no pasó nada. Buscó las instrucciones: ante cualquier posible falla la máscara aprendía de sus imperfecciones y las enmendaba. Estiró y estiró la máscara y los filamentos del producto entraron cada vez más por sus poros.

—Ya no se va a desprender, Sofía. Es mi propia piel.

Quedó sentado frente a la puerta del armario hasta que el sol salió y la luz pasó entre las cortinas. ¿Hasta qué punto quería a Sofía? Hay cosas que no se guardan, que se cuentan a como dé lugar.

—Un segundo antes de que se me estropeara la cara pensé en vos. «Algo debe significar», me dije, y cuando vine acá y te vi alegre por la calle, pensé «que hija de puta». Después me dije «pero, ¿y qué

La grieta en el cielo_2023.indd 15 3/5/2023 00:14:37

culpa tiene ella?». Capaz no tengas la culpa, que sé yo. Pero yo tampoco tengo la culpa y estoy con la cara hecha mierda. Hubieses pensado en eso antes de fijarte si la casa es linda o no y cuánto estaré cobrando para poder tener algo así.

Quedó un rato más sentado. Ella les contaría a todos lo que había pasado. Era mejor esperar. Ella ya no forcejeaba, se habría cansado. Por la ventana se veía la luna, el tiempo se derretía. En un parpadeo largo el sol volvió a salir, y mientras no lo miraba volvió a irse. Se dio cuenta de que tenía demasiada hambre.

—Me pasé dos horas cocinando este pollo. Ahora está frío, duro y con polvo —dijo dirigiéndose al armario.

Le dio pena comer solo y la sacó. Trato de sentarla, pero ella se obstinaba en desparramarse en el asiento. No lo miraba, miraba la mesa. Sería mejor comer en silencio. Sofía ya no sería impertinente con sus comentarios, ya no haría comentarios.

La grieta en el cielo_2023.indd 16 3/5/2023 00:14:37

Tardó en darse cuenta de que el brazo que llevaba la comida a su boca, ya no lo sentía. La máscara se extendía por su cuerpo. Era solo la inteligencia del producto lo que decidía por él en las zonas que cubría. Pensó que sería genial que se siguiera extendiendo, que cubriera todo y que borrara toda marca y todo recuerdo. Antes de que él lo decidiera, la mano cubierta por el producto se adelantó y acarició las mejillas frías e hinchadas de Sofía.

Tal vez aún podría ser feliz.

La grieta en el cielo_2023.indd 17 3/5/2023 00:14:37

La grieta en el cielo_2023.indd 18 3/5/2023 00:14:38

LOS ESCUCHO

Llegó el día en que lo supe. No pasó nada particular, simplemente me embargó la certeza, se me apareció de frente y no le dije nada. Me callé y la escuché hasta que se fue. Por más que sabía qué hacer, no sabía cómo, pensaba que había cuatro o cinco formas y, en realidad, hay muchas. Me tomó varios días decidirme. No es como prepararse para ir de excursión, en donde uno verifica si ha cerrado todas las canillas o si ha dejado el gas encendido. En este caso, cerrás la puerta y te vas.

Supe un segundo después que algo salió mal. Porque veía representado del exterior; todos los murmullos y ruidos de objetos en contacto con otros: alguien pisaba un líquido espeso y otro se obstinaba en gritar como si fuera el fin del mundo. Sonaban como si estuviesen lejísimos.

La grieta en el cielo_2023.indd 19 3/5/2023 00:14:38

Pasó un tiempo indeterminado en el que gigantescas manchas de colores inundaron el espacio y yo floté entre ellas, sin dirección. Cuando sentía dolor, enseguida fluía por mis venas una calma que recorría todo mi cuerpo y me hacía dormir incluso en este plano.

El primer sentido que recobré, después de haber vivido en el vacío, fue el auditivo. A la izquierda y un poco por encima de mi cabeza, una uña reseca golpeaba un tubo de cristal y a unos centímetros una gota caía en un charco flotante. Estaba en un hospital. Las voces sonaban desgajadas, una era mujer, la que había puesto el suero, y el otro era un joven que daba indicaciones.

Traté de mover los dedos, pero no había caso; cuando era chico, papá puso un cactus en la ventana de su estudio, era pequeño y redondo y con una flor en la punta. Un día, cuando ya se había ido al trabajo, entré para ver la flor: era como un pañuelo de seda rosado y me acerqué para tocarlo, una espina más fina que un pelillo se coló entre mi uña y mi

La grieta en el cielo_2023.indd 20 3/5/2023 00:14:38

carne y se quebró ahí adentro. No recuerdo haber gritado, solo haber mirado como poseso mi mano hinchada, que estaba cambiando de color. Las risas de mi hermano de fondo, los gritos de desesperación de mamá y los reproches que le soltó a papá por haber traído tamaña estupidez a un lugar lleno de niños, por Dios santo. Las ojeras de papá colgaban como cadenas, me alzó en brazos para ir al hospital, su mirada al frente no expresaba más que un hastío profundo, del que ya no se vuelve. En un momento pensé que el cactus había germinado y crecido en mi pecho.

Dos días después, papá se marchó, lo avisó claramente y mamá no le creyó, hasta que lo vio ataviado con sus maletas y con paso decidido se dirigió a la calle, hasta el final de la cuadra. Lo primero que hizo mamá fue quemar sus libros en orden alfabético, uno a uno los tiró a la parrilla y los atizó con un cucharón de madera; las letras negras flotaron y se deshicieron en el azul del fuego, que se volvió violeta por la tinta de los ejemplares. Mi hermano

La grieta en el cielo_2023.indd 21 3/5/2023 00:14:38

se desquitó destruyendo todos mis juguetes con un martillo, dejó los plásticos esparcidos por el piso de la habitación y yo caminé sobre esos restos puntiagudos, para ver si de esa forma expiaba un poco mi culpa. Traté de pensar en lo que hubiese pasado si no me hubiese acercado al cactus en primer lugar; si no hubiese mirado los ojos secos de papá, profundos como cráteres, que parecían absorber todo el color a su alrededor.

Tiempo después, finas espinas me salieron del pecho y dejaron correr hilitos de sangre. Pensé demasiado en la idea del cactus que se materializó dentro de mi caja torácica. Al principio solo necesité de un pequeño cortaúñas para recortar las puntas de las espinas. Si pasaba las yemas por mi pecho sentía las púas y, si saltaba continuamente, el cactus se agitaba dentro de mí y yo escupía sangre en el lavabo.

—En los estudios se ve una leve actividad cerebral —dijo el joven médico.

—Una vez nos tocó atender a un paciente, así

La grieta en el cielo_2023.indd 22 3/5/2023 00:14:38

mismo, en estas condiciones. Dos años le limpiamos y le cambiamos la ropa y las sábanas, había sido estaba muerto. En estado vegetal —dijo el doctor, el más viejo—. ¿Cómo era que se llamaba, Rosita? El viejo, el medio pelado ese.

Las enfermeras hablaban detrás del médico. El joven respiraba despacio, buscaba controlar la respiración y que no se le notara la falta de experiencia hasta en el modo de exhalar. Yo también tenía esos ataques de nervios, sentía que inhalaba y exhalaba al mismo tiempo, como si uno de mis pulmones estuviese lleno y otro contraído. La chica que me ponía nervioso fue la misma que me ayudó cuando vio que me estaba ahogando. Me di cuenta de que uno de los pulmones había reventado como un neumático por las espinas del cactus.

Salí con esa chica un par de veces, luego un par de semanas, y después de dos años nos mudamos a un departamento que sólo necesitaba un foco para tener cada rincón iluminado. Nos teníamos que poner de costado para que el otro pudiera pasar e ir

La grieta en el cielo_2023.indd 23 3/5/2023 00:14:38

a la cocina o al baño. Cómo no entraba el colchón, dormíamos cara a cara en la estrechez del pasillo, parados, sostenidos por nuestros propios cuerpos atascados. De modo que cuando abría los párpados, los suyos también se abrían, y lo primero que veía eran sus ojos; nuestras retinas se chocaban y la miel de su iris se derramaba en mis pupilas.

Todo marchaba demasiado bien, yo sabía que la vida sólo te sube para reventarte la cabeza contra el asfalto. Aunque en este caso no fue la vida, que si tenía malas intenciones no las pudo cumplir, fui yo mismo el que se le adelantó; que en un ataque de ansiedad escarbé en el sueño, pasé una y otra puerta y las de atrás se cerraron, y cuando llegué a la última estaban los ojos de papá absorbiendo todo desde el cielo, como un agujero negro, hambriento.

Desperté y las espinas habían crecido, y la vi a ella ensartada en miles de púas, las que salían de mi propio pecho. No tuve tiempo de llorarla, se me hacía tarde y tuve que tomar el café como podía, mientras ella estaba colgada de las espinas. Después de

La grieta en el cielo_2023.indd 24 3/5/2023 00:14:38

la primera clase pude apartarla de mi pecho, la llevé suavemente hasta el patio del campus y la acosté en el pasto recién cortado y me puse a su lado.

Miré cómo el sol caía, hasta casi tocar nuestras narices. Su cuerpo ahora eran jazmines que chisporroteaban melancolía, y yo lloré lo que tenía atorado desde hace mucho tiempo.

Cuando llegué al departamento lo encontré excesivamente grande, como una llanura gris; la luz del foco sólo alcanzaba para iluminar las motas de polvo que cubrían el vidrio. Esperé a que el dolor se hartara y se despegara de mi cuerpo, en algún momento se escurriría y se filtraría entre las rendijas del suelo.

—Es increíble que no se haya muerto. La bala hay que dejarla ahí y ver qué pasa, no nos queda otra. Con toda la inflamación no podemos hacer ningún corte en el cráneo.

La grieta en el cielo_2023.indd 25 3/5/2023 00:14:38

—Hace unas horas movió los dedos, es por eso que le llamé, doctor. Fue como si quisiera alcanzar algo —dijo el joven médico.

—No te estreses tanto —dijo el viejo de la voz cascada—, tenemos que llamarle a un familiar y que nos autorice a hacer la ablación, en caso de que se le desconecte, a final de cuentas es lo más probable.

Mi hermano acudió, era el único que quedaba. Lo escuché desde el pasillo, arrastraba sus pies. Dijo que firmaría cualquier papel que hiciese falta, que la donación de órganos era algo noble. Pero yo sabía que la idea de que cada parte de mi cuerpo vaya en una bandeja diferente le causaba morbo; era como desarmar las piezas de un juguete con un martillo, esa era la forma correcta de pagar por lo que pasó en la oficina de papá. Se acercó a mi oído y susurró, los años que esperó para verme deshecho le parecieron eternos; como dar pasos en una cinta caminadora llena de plásticos punzantes.

La grieta en el cielo_2023.indd 26 3/5/2023 00:14:38

Se acercó a mi pecho para escuchar mi corazón; no eran latidos, era un siseo; la cola de una serpiente de cascabel rozando la arena seca, el paso del viento helado entre las espinas del cactus. Se acercó un poco más y una púa que traspasaba mi pecho se le insertó en el ojo, su grito fue lo último que escuché, antes de que el cactus explotara y soltara esquirlas por cada rincón del cuarto.

Vi que mi cuerpo era llevado en una camilla, todavía se podrían salvar algunos órganos. Me quedé un rato al lado de mi hermano que seguía lamentándose en un rincón, no por el ojo perdido, sino porque aun estando muerto yo recibía más atención.

Deambulé por los pasillos, ya quería irme. Pero cada puerta que abría daba con un ojo gigantesco, y una vez abiertas ya no se podían cerrar. Todos los ojos revoloteaban a mi alrededor mientras corría por las paredes para encontrar una salida. Las retinas resecas formaron una esfera en la cual sigo atrapado, las pupilas siguen absorbiendo desde

La grieta en el cielo_2023.indd 27 3/5/2023 00:14:38

todos los ángulos. Me diluyo y permanezco, como agua que cae a la rejilla de una ducha y no se va.

La grieta en el cielo_2023.indd 28 3/5/2023 00:14:38

LA GRIETA EN EL CIELO

Debía apurarse en hacer todo lo que quería, porque la grieta en el cielo empezó a ensancharse.

Ya no fue al trabajo, aún le quedaba más de la mitad del sueldo y si sólo lo gastaba en comida podía durarle un mes, o quizá más si es que no le importaba comer solo pan. Llegó a su casa y buscó entre las cajas del depósito, había demasiados proyectos inconclusos pero no podía dar con el definitivo, el que fue uno de los primeros y nunca se atrevió a ejecutar porque todavía le faltaba mucho por aprender.

—Ana, ¿te acordás de los bocetos que una vez te mostré? Los de *El Hombre Sombra*, pensé que estaba en una de las cajas y no lo encuentro.

—Mmm, si mal no recuerdo estaba en el tercer cajón de tu escritorio —le respondió Ana—, pero tiraste ese escritorio. ¿O no?

La grieta en el cielo_2023.indd 29 3/5/2023 00:14:38

El escritorio. Lo tiró con la excusa de que necesitaba dinero para pagar el alquiler y el mantenimiento del auto, pero la verdad era que aquel armatoste le recordaba su cobardía. Lo tenía que ver todos los días y cada mañana, al despertarse, elegía comer bien antes que dibujar. Si alguien le preguntaba a qué se dedicaba y él decía «dibujante», le volvían a formular la pregunta, porque dibujar no era un trabajo real, un trabajo real consistía en usar corbata y estar en un edificio.

Ana lo apoyaba por obligación, ninguna novia que se respete le diría a su pareja que abandone sus sueños, pero también sufría cada vez que le preguntaban por él. Así que cuando él le dijo que le ayudara a tirar la mesa de dibujo, saltó del colchón y agarró una de las puntas de la mesa, ya era tarde cuando se dio cuenta de su falta de disimulo.

Fue al vertedero a buscar la mesa de dibujo, en su zona nadie querría agarrar algo tirado, por más que siguiera en perfectas condiciones, porque indicaría un descenso significativo del estatus y

La grieta en el cielo_2023.indd 30 3/5/2023 00:14:38

siempre había ojos en las ventanas de los edificios, a todas horas y desde todos los ángulos. Los zapatos se le mancharon con el jugo verde y humeante que encharcaba en el piso, toda la basura acumulada se deshacía y luego se mezclaba como una composta gigante. El sol ya se estaba metiendo y se desesperó, pues cuando desapareciera del todo, los centinelas rojos merodearían en el cielo y no le quedaría otra más que esconderse en cualquier montículo. Al fin encontró la mesa, destrozada en el último extremo del vertedero, forzó el último cajón y ahí estaban los bocetos sucios.

Fue a su departamento y cruzó el porche chamuscado, en la escalera tuvo que dar pasos grandes para pasar por encima de quienes habían quedado a mitad de camino; ya se escuchaba el zumbido de los centinelas.

—Cerré las ventanas y les puse un mantel encima —le dijo Ana—. La vecina de al lado me dio la idea, así no se escucha nada desde afuera y podemos por lo menos hablar en susurros. ¿Qué te parece?

La grieta en el cielo_2023.indd 31 3/5/2023 00:14:38

Él la alzó y la tiró al otro lado de la puerta, y antes de que ella pudiera levantarse la cerró con llave. Su respiración entrecortada llegaba desde el pasillo, él apoyó la oreja por la puerta y escuchó el siseo de los centinelas desde el piso de abajo; el sonido que hacían al desplazarse era como el de los cortadores de pasto y cuando se ponían a trabajar eran como licuadoras. Ana mantuvo la esperanza hasta el último momento, porque no dijo ni una sola palabra, ¿seguía tratando de comprender o ya le había quedado claro?

Él se puso a trabajar en los bocetos, los colocó como un abanico sobre el piso y los estudió detenidamente, debía ponerse a escribir el argumento y luego haría las primeras viñetas para el cómic. El ruido gris del otro lado de la puerta le dio sueño y se durmió mientras fantaseaba sobre las hojas sueltas.

Cuando se despertó y salió de su apartamento, tuvo que arrastrar a Ana para que no tapara la puerta, era una mujer grande y tuvo que esforzarse

La grieta en el cielo_2023.indd 32 3/5/2023 00:14:38

mucho para sacarla del camino; en un descuido la soltó y cuando su cabeza pegó contra el suelo sonó como una vasija de madera. Revisó los bolsillos de Ana para ver si tenía dinero encima e hizo lo mismo con todos los que yacían en la escalera.

La luna estaba demasiado cerca de la atmósfera, se podían ver con nitidez sus múltiples cráteres y varios jóvenes se acostaron en las veredas para ver qué figuras formaban, como antes lo hacían con las nubes. La grieta en el cielo palpitaba como una herida abierta.

Le faltaba poco para llegar a la editorial y presentar el proyecto, había perdido la cuenta de las veces que lo rechazaron y él seguía yendo una y otra vez; a consecuencia de esos múltiples fracasos se había dado cuenta de que lo que hacía le proporcionaba un profundo placer, a pesar de que nadie apreciara sus dibujos.

—Buen día, señorita. Tengo una entrevista con el señor Ramírez, es sobre la evaluación de un

La grieta en el cielo_2023.indd 33 3/5/2023 00:14:38

proyecto, una novela gráfica para ser más específico —le dijo a la recepcionista.

—El señor Ramírez está en su oficina pero dudo mucho que pueda atenderlo —le respondió la chica—. Aunque si lo desea puede pasar y dejar su proyecto, me voy a asegurar de que alguien lo revise y le pase el informe correspondiente.

Él entró a la oficina y se encontró con el señor Ramírez tendido al otro lado del escritorio, podría haber sufrido un infarto por su avanzada edad, se tomó el atrevimiento de comprobar si en verdad era eso y le dio dos golpes suaves en la sien, y fue como si martillara un ladrillo hueco. Había esperado demasiado como para quedarse sin entrevista, así que levantó al editor anciano y lo sentó lo mejor que pudo en su amplia silla giratoria, la cabeza del viejo se ladeaba hacia adelante y tuvo que sujetarla con lo que encontró en su escritorio: una regla de metal que apoyó por el mentón y la sostuvo con cinta transparente.

La grieta en el cielo_2023.indd 34 3/5/2023 00:14:39

—Verá, señor Ramírez, sé que en varias ocasiones me senté acá mismo frente a usted y no hizo más que mostrarse decepcionado con los proyectos que le traía, pero este es el definitivo, se lo que juro por lo que más quiera. Si me permite paso a explicarle en qué consiste *El Hombre Sombra.*

Él tuvo que levantarse de su silla e ir al otro lado del escritorio, agarró la cabeza del anciano y la movió con suavidad de arriba para abajo en señal de aprobación. Se tuvo que explayar mejor que nunca, porque el señor Ramírez no mostraba ningún gesto que le indicara si iba bien o mal; trató de explicar lo mejor posible los detalles y origen del personaje principal de su obra y lo hizo con tanto ahínco que empezó a sudar. Al terminar la presentación hubo un silencio incómodo que no se atrevía a romper. Al final tuvo que preguntar.

—¿Y bien, señor? ¿Qué piensa de esta idea?

Tuvo que ponerse una vez más detrás del anciano y este aplaudió eufórico la idea tan innovado-

La grieta en el cielo_2023.indd 35 3/5/2023 00:14:39

ra, se podrían hacer no solo una novela gráfica, sino toda una serie en donde se ahonde en el origen de *El Hombre Sombra*, e incluso podría llegar a alguna plataforma audiovisual, pero todo a su debido tiempo. Ahora debía entregar el dinero para llevar a cabo el proyecto. El señor Ramírez paseó sus dedos inertes por un cheque en blanco para poner una suma sideral en él, y con gusto trazo su firma grande y clara en la esquina del papel.

—¿Qué tal le fue esta vez, señor? —preguntó la recepcionista.

Él hizo restallar el cheque en sus narices y ella demostró verdadero gozo por tal logro ajeno, y es que ver que alguien que se despellejó los nudillos después de haber golpeado tantas puertas reciba por fin algún tipo de aprobación resulta ser un logro colectivo.

Fue presuroso a su casa, ahora que ya tenía la aprobación del director de la editorial, debía ultimar los detalles del borrador para pasarlo a la imprenta,

La grieta en el cielo_2023.indd 36 3/5/2023 00:14:39

y luego se haría toda la publicidad necesaria para que su obra llegue a la mayor cantidad de personas. Los autos estacionados anteriormente en las banquinas ahora se hallaban en los tejados de las casas, como si una mano gigante hubiese bajado a ponerlos en un lugar que creía más conveniente; las baldosas de las veredas se desprendieron como figuritas y empezaron a revolotear como una bandada de estorninos. Le preocupaba el regocijo que se causaría al momento de la publicación, todo el mundo lo aplaudiría por algo que al final no comprarían, era como pasar entre personas que le palmoteaban la espalda y al final de la multitud hubiera un abismo en el cual caería. Pero lo importante no era la fama ni el dinero, o al menos eso se decía.

Al llegar a casa digitalizó todo el material, le tomó unas doce horas de corrido, sentía que los capilares del ojo se le marcaban de tanto palpitar. Debía apurarse, no quería ver el cielo para saber cuánto tiempo le quedaba, mejor apresurarse y ya. Al bajar de la escalera ya no se molestó en esquivar

La grieta en el cielo_2023.indd 37 3/5/2023 00:14:39

los cuerpos, lo que ocasionó que el pie se le enredara en un vestido y se diera de bruces contra el piso. Al salir se encontró con cuerpos flotando a la altura del pecho, permanecían ahí, ingrávidos, como si estuviesen tomando la siesta en una hamaca; eran tantos que él los tenía que apartar a manotazos. Llegó sudoroso a la editorial, cruzo la recepción vacía y fue hasta la parte trasera donde se hallaba la imprenta. Un solo operario estaba a cargo de la impresora.

—Necesito cien ejemplares de este material —dijo y le pasó el archivo a imprimir.

—*El hombre-sombra.* ¿Es un antihéroe o directamente un villano? —preguntó el operario.

—No, nada que ver. Es un héroe —respondió él, indignado.

—Si un tipo que se convierte en sombra me sacara a mí de un incendio, yo mismo me prendería fuego después del susto. Returbio *El hombre-sombra* ¿O esa luego es la idea?

La grieta en el cielo_2023.indd 38 3/5/2023 00:14:39

Las copias salieron por la cinta de la máquina y el operario las colocó en varias cajas.

—¿Qué vas a hacer después de esto? —le preguntó el operario.

—Tengo que vender todas las copias.

El operario lo miró fijo a los ojos, dio una calada grande a su cigarrillo y procedió a sacar su billetera del bolsillo. Ahora tenía en sus manos el primer ejemplar de *El hombre-sombra* y le pidió al autor que se lo firmara, pensó que el nombre de *Shadow-man* quedaría mucho mejor, pero ya no quiso dar ningún consejo al autor que ya se había mostrado gruñón ante las primeras preguntas.

Dejó al operario atrás mientras este hojeaba el material. Ahora sólo le faltaba vender las noventa y nueve copias restantes. Al salir vio a los centinelas rojos posados en las señales de tránsito, ya no zumbaban, parecían descansar después de haber trabajado tanto. Las personas seguían levitando en la vía pública, su segundo cliente chocó con él, lo

La grieta en el cielo_2023.indd 39 3/5/2023 00:14:39

trajo el viento. Él procedió a poner un ejemplar entre las manos inertes de su comprador y luego sacó el importe justo del bolsillo del tipo. Así hizo con las noventa y ocho copias restantes. Cuando le faltaba vender unas veinte copias oyó el cielo crepitar y se apresuró aún más. Ahora tenía un montón de billetes entre sus manos, quien hubiese dicho que se podía hacer dinero con lo que a uno le gusta.

Alzó la mirada y ahora sí se le presentó el cielo en todo su esplendor; la grieta se extendió como se extiende una estría por piel apergaminada. Los centinelas vibraban de entusiasmo y a lo largo de la ancha grieta salieron miles de escarabajos gigantes que corrieron por la cúpula del firmamento. Él olió los billetes que tenía en la mano y pensó en todo lo que podía hacer con ese dinero. Los escarabajos se extendieron como tinta derramada y el repiqueteo de millones de patas afiladas generó un estruendo tan álgido que los tímpanos le reventaron. Ahora que estaba sumido en una oscuridad casi completa

La grieta en el cielo_2023.indd 40 3/5/2023 00:14:39

y en un silencio total, pudo pensar con tranquilidad en qué gastaría su dinero.

La grieta en el cielo_2023.indd 41 3/5/2023 00:14:39

La grieta en el cielo_2023.indd 42 3/5/2023 00:14:39

DANDELION

Los niños agarraban grandes puñados de tierra y formaban muñecos que luego pateaban para divertirse, lo que salpicaban se les pegaba a la cara y en contacto con el sudor formaba un lodo aguachento que escurría por la comisura de sus labios, hasta entrar en sus bocas. Elías miraba todo esto con las manos pegadas a la costura de sus pantalones, podía sentir cómo las bacterias se abalanzaban hacia su rostro y penetraban por sus poros, una vez dentro sólo podría sacárselas arrancándose la piel. Pero su mamá se lo reprocharía y como castigo tendría que arrodillarse en gruesos granos de sal, hasta que aprendiera que no debía lastimarse a sí mismo.

Su madre estaba en un banco, charlando con una vecina, su boca se movía como una medusa mientras nadaba y el cigarrillo que colgaba entre sus dedos le estaba por quemar la mano. Debía alejarse

La grieta en el cielo_2023.indd 43 3/5/2023 00:14:39

ahora que podía, revisó una vez más que los botones de su camisa estuvieran alineados con el cierre de su pantalón y caminó; tenía que haber aunque sea una cosa que estuviera libre de bacterias y con la que pudiera jugar.

Recorrió el parque para ver si encontraba algún otro niño medianamente cuerdo. Ya le urgía socializar; aunque él no se diese cuenta, estaba harto de rascar las costuras del pantalón mientras esperaba a que la hora del paseo se terminase.

—¡Hey! Vení —le dijo un niño sentado en la arena.

Alrededor, las otras criaturas corrían y saltaban. El niño en la arena mascaba una flor silvestre y miraba muy a lo lejos.

—Acercate más que tengo que decirte algo —le dijo el niño, aunque no había dejado de mascar la flor cuando habló—. Lo único limpio en todo este parque son las flores que están a nuestro alrededor.

La grieta en el cielo_2023.indd 44 3/5/2023 00:14:39

Eran flores redondas, con muchas semillas voladoras que se desprendían con la más leve brisa; eran como ojos cuyas pestañas les salieran de la misma córnea y lo que hacían era vigilar todo el parque.

—Si comés una de estas flores ya no vas a estar solo, pequeño Elías. Son dulces como el algodón de azúcar y se deshacen en tu boca cuando tocan tu lengua. ¿No ves que tu amigo comió tantas que tiene la barriga inflada?

Detrás de la oreja del niño que seguía mascando las flores, salió una pequeña mariquita zumbadora que se posó en la flor que le quedaba más cerca. Elías se acercó para verla mejor: tenía alas rojas moteadas de negro, antenas largas y peludas que se enroscaban en las puntas y una boca grande, que al sonreír mostraba una hilera ingente de dientes blancos. Guiñó un ojo y se posó en la oreja de Elías, susurró e hizo que al niño se le relajaran los músculos, le dijo que ya era hora de volver a casa.

La grieta en el cielo_2023.indd 45 3/5/2023 00:14:39

Elías regresó solo a su casa, con la mariquita posada en el lóbulo de su oreja; su madre estaba tirada en el sofá, con el vómito cayéndole de la boca en un goteo intermitente. Enseguida, le agarraron las ganas de llorar, su mamá siempre estaba de esa forma, por lo que suponía que era normal que una señora de esa edad se bebiera una botella tras otra hasta desmayarse; igualmente el llanto le brotaba a borbotones.

—Hay algo que siempre lo purifica todo, pequeño Elías. No es el agua ni el jabón, no es el aire que llena tus pulmones. Entonces, ¿qué es? —preguntó la mariquita.

Elías caminó hasta la cocina, abrió las hornallas y el espeso y dulce aroma del gas empezó a inundar la casa. Se sentó a esperar en el jardín mientras la mariquita fue adentro, luego pudo apreciar los diferentes colores del fuego y el chisporroteo de la madera que sonaba a pororó recién hecho. Se durmió al calor de las llamas que aleteaban a unos metros, el aroma a carne asada lo reconfortó.

La grieta en el cielo_2023.indd 46 3/5/2023 00:14:39

Cuando se hizo de día y el sueño abandonó su cabeza, Elías estaba rodeado de otros niños con pijamas color verde pálido. Su cama era una de las tantas que formaban hileras largas en un gran pabellón. Dentro de su oído, la mariquita se reía con estruendo y pasaba su negra lengua por sus labios.

—Invitales tus dulces a tus amigos, que no pasen hambre —le dijo la mariquita.

No había ningún adulto cerca, el edificio parecía colmado sólo de menores, aunque él sabía que estarían retozando en sus piezas individuales. Ese era el lugar a donde iban los niños que ya no tenían padres, era mejor de lo que se pudiese imaginar. Salió al jardín y estaba repleto de las flores redondas y peludas, sostuvo una en su mano y la sopló, los pelitos revolotearon y los otros niños trataron de agarrarlos con la lengua, como si fuesen copos de nieve. El que lograba dar con uno sentía el estallido de mil sabores en la boca, las pupilas se le agrandaban y salivaban a cacharrata.

La grieta en el cielo_2023.indd 47 3/5/2023 00:14:39

—¿Cuándo voy a poder comer uno? —preguntó Elías.

—Pronto. Cuando llegue el momento vas a poder comer todos los que quieras —le respondió la mariquita.

Los demás niños devoraron todas las flores esparcidas por el jardín, algunos se estremecían de placer y otros daban saltos de alegría. Cuando comieron la última flor aún tenían hambre, la ansiedad se figuró en sus rostros y en filas dispersas se dirigieron a las habitaciones de los adultos.

—¿A dónde van? —preguntó Elías.

—Van a saciar su hambre para después seguir jugando —respondió la mariquita.

—¿Puedo ir yo también? —preguntó Elías.

La mariquita negó con la cabeza y le guiñó un ojo en señal de una promesa ambigua. Desde el pabellón se podían oír los agudos gritos de las institutrices, los niños volvieron con las bocas rojas y las

La grieta en el cielo_2023.indd 48 3/5/2023 00:14:39

manos chorreantes, algunos seguían sacándose de entre las uñas los pedacitos de piel que habían quedado. Armaron una gran ronda en el jardín y uno a uno cedieron al sopor de la tarde; sus barriguitas se hincharon como el cuello de un sapo y reventaron como hongos venenosos. Las esporas de las flores se esparcieron por el aire y formaron una bruma espesa que no dejaba ver nada. La mariquita rio estruendosamente dentro del oído de Elías, y él se la sacó con un dedo.

—¡Hey! Casi me aplastás —dijo la mariquita.

—¿Ahora en dónde se supone que vamos a vivir? —preguntó Elías.

—Podemos vivir donde queramos ¿A dónde te gustaría ir? —respondió la mariquita.

El áspero asfalto le desgastaba las suelas. Se preguntaba cuándo sería su turno de probar una flor, no había nada que lo atajara, salvo el temor al ver los ojos color verde musgo del insecto que estaban siempre alertas.

La grieta en el cielo_2023.indd 49 3/5/2023 00:14:39

—¿En qué estás pensando, Elías? —preguntó la mariquita.

—Nunca me dijiste tu nombre —respondió Elías.

—Ya tuve tantos nombres que no me acuerdo cuál fue el primero —dijo la mariquita.

Ahora podían caminar por el medio de la calle. Los vehículos se habían amontonado en las carreteras, pero ya nadie estaba adentro; las esporas de las flores se movían como cardúmenes de atún en una bella danza homogénea. Del duro asfalto salieron otros insectos que lo rompieron como si fuese queso, también tenían las alas moteadas y una gran sonrisa en medio del rostro, aunque éstos parecían ser sombras del original. Elías no quiso preguntar, a lo mejor eran sus hermanos; la mariquita revoloteó frente a su cara y asintió con gusto.

—¿Falta mucho? —preguntó Elías.

—No, ya estamos cerca, solo un poco más —respondió la mariquita.

La grieta en el cielo_2023.indd 50 3/5/2023 00:14:39

Los pies ya se le habían cuarteado de tanto caminar y las medias se habían empapado de sangre, pero sabía que no podía parar. Un rostro adulto se asomó por la ventana de una casa y el terreno se vio rodeado por una nube de insectos. Mantuvo la vista al frente por las dudas.

—Estará bien, no te preocupes —dijo la mariquita.

El chirrido de los metales oxidados se oía desde lejos, era un sonido incompleto. Elías se dio cuenta de que era el ruido de la feria sin el griterío habitual. Los niños corrían por todos lados sin hacer ruido, con sendas sonrisas impostadas en los rostros; cada uno con más de una flor en las manos y los paladares llenos de pétalos por mascar.

—¿Cómo es que no revientan? —preguntó Elías.

—Están a punto. Pero falta mucho para llegar a la parada final. Imaginate todos los lugares a los

La grieta en el cielo_2023.indd 51 3/5/2023 00:14:39

que podemos ir ahora, sin tener que esperar a que algún adulto te dé su aprobación.

—Ya no puedo caminar. Me duelen mucho los pies.

Elías estaba por llorar y, efectivamente, cada paso que daba era un chapoteo en su propia sangre.

—No importa, si una parte de los insectos se juntan pueden formar una silla o un trono para llevarte a donde quieras. Es cuestión de que nos lo digas, al fin y al cabo, sos nuestro rey ahora —le dijo la mariquita.

—¿Qué va a pasar cuando me vuelva un adulto?

—Eso no va a pasar nunca, no te preocupes.

—Sí que va a pasar, voy a crecer y las ropas que tengo ya no me van a quedar. ¿Qué me van a hacer entonces?

La mariquita lo miró embelesado.

La grieta en el cielo_2023.indd 52 3/5/2023 00:14:39

—Eso no va a pasar nunca —respondió—. Te voy a mostrar un truco para que no te pongas triste.

Los insectos se enlazaron entre sí y formaron una alfombra, en ella subieron a muchos niños que ya estaban con las barrigas a punto de reventar, cuando los soltaron fueron llevados por la brisa, como globos aerostáticos a la deriva. Elías se subió a la noria y pidió al insecto que fungía de operario que parara la máquina cuando él estuviese arriba.

—¿No es hermoso, acaso? El rojo del fuego en un atardecer opaco.

—Sí, supongo —contestó Elías.

Desde la altura en la que estaban se veían los vecindarios prendidos fuego que alcanzaban el horizonte.

—Pensé en lo que dijiste hace rato, que algún día vas a ser un adulto. Es muy triste, la verdad —dijo la mariquita.

La grieta en el cielo_2023.indd 53 3/5/2023 00:14:39

Elías trató de aplastarla entre el dedo índice y el pulgar, pero sólo consiguió cortarse las yemas de los dedos. La mariquita lo miró con lástima.

—¿Esta es la última parada? —preguntó Elías.

—Sí, me temo que sí. Me hubiese gustado que durase muchos años más. De todas formas, creo que nos encontraremos otra vez —respondió la mariquita.

—¿En dónde? —preguntó Elías.

—Debajo del asfalto, dónde el rojo no es ocasional sino constante.

Elías sacó una flor de su bolsillo. Arrancó los pétalos de uno en uno y los comió como caramelos. Fue una sensación cálida la que tuvo en la boca, como si un edredón le envolviera la lengua. Los músculos se le relajaron y cayó desde lo más alto de la noria, en una espiral que en cada bucle aumentaba el calor.

La grieta en el cielo_2023.indd 54 3/5/2023 00:14:40

La grieta en el cielo_2023.indd 55 3/5/2023 00:14:40

La grieta en el cielo_2023.indd 56 3/5/2023 00:14:40

NUBES EN LLAMAS

Del cielo cayeron chispas, las nubes estaban prendidas fuego y se apelotonaron de a poco.

—Se viene una tormenta de aquellas —me dijo uno de los vecinos. Asentí y seguí.

Si me entraba alguna chispa en el ojo me lo frotaba con la punta de la manga, y si bajaba la cabeza las chispas caían por mi nuca y me hacían cosquillas. Los demás mojaban los techos de sus casas y los más pudientes ponían esponjas empapadas sobre los tejados. Debería hacer lo mismo, pensé, debería pasar un paño húmedo por las secas paredes para que no ardan ante la más mínima llovizna; pero en vez de eso fui al patio a fumar un rato.

«¿No irá a buscar a su hija de la escuela?», temía que me hicieran esa pregunta, necesitaba que la tormenta se desatase de un momento a otro para

La grieta en el cielo_2023.indd 57 3/5/2023 00:14:40

que nadie me acusara de haberla dejado morir. Algunos truenos crepitaron, pero siguió cayendo esa llovizna que era más bien un rocío insistente, que hacía que se me chamuscaran las puntas de los bigotes.

—Voy a ir a buscar a mi hija, señor Olmedo. ¿Me haría el favor de regar el techo? Le prometo volver lo antes posible.

El vecino aceptó con gusto, no debería quejarme de él, de ninguno de los de la cuadra; sin embargo, el hecho de que respirasen en sus patios, de que limpiasen los zapatos en sus alfombras de bienvenida y abrazasen a sus familias, me daba asco.

En el portón de la escuela me esperaba la maestra de preescolar, con su delantal lleno de flores risueñas, pintarrajeada de tempera para dedos. Susy la besó en la mejilla y la señora agitó su mano hasta que ya no la vi en el retrovisor.

—¿Mojaste el techo, papá?

La grieta en el cielo_2023.indd 58 3/5/2023 00:14:40

—El señor Olmedo me ayuda con eso. Otro favor que le voy a deber.

El señor Olmedo estaba sentado en su vereda junto a su anciana esposa, la tormenta ya iba a empezar, pero ellos quisieron esperar a que llegáramos a casa para sentirse tranquilos, y eso me enfureció aún más. Susy fue hasta su habitación y rezó hasta que el sueño la tumbó: oró por su maestra, por los vecinos, por mí y por mamá Clara. Eso era lo que me había dejado Clara, una pensión atada a una hija. Sólo tenía que llevarla al colegio y calentar la comida empaquetada que nos llegaba cada cuatro días. Afuera, las llamaradas cayeron del cielo y pude ver a través del humo cómo el árbol de mango se encendió, la corteza del tronco cayó en varios pedazos como las migas de un pan seco.

—¿Cómo se le puede olvidar regar el árbol? El fuego se podría haber extendido a las demás casas —me dijo el policía.

La grieta en el cielo_2023.indd 59 3/5/2023 00:14:41

—Por favor, señor. El joven es padre soltero y le cuesta hacerse cargo de tantas cosas él solo. Le prometo que mi esposa y yo nos vamos a encargar de que algo así no vuelva a pasar —dijo el señor Olmedo.

El policía me dejó una multa que tenía que pasar a pagar en la municipalidad. El señor Olmedo me palmeó la espalda y dijo que no hacía falta que le diera las gracias, que él y su esposa nos querían mucho a mí y a Susy. El viejo se alejó en dirección a su casa, caminó como si tuviese un racimo de uvas colgándole entre las piernas. Como me volviese a palmear en la espalda le arrancaría los dedos. No, no lo haría, el solo hecho de pensarlo ya me agotaba.

Varias cosas me agotan: despertar y tener que impulsarme de la cama, poner el agua a hervir para el café de la mañana, cuando soy consciente de mi respiración se me cansan los pulmones. Lo que a veces me hace sentir en paz es observar cómo las nubes se enredan entre sí, como se deshilachan cuando

La grieta en el cielo_2023.indd 60 3/5/2023 00:14:41

el viento pasa entre ellas y cómo se empiezan a quemar para dar paso a la tormenta de fuego.

Revisé cuántos días faltaban para que volviera a llover e hice los preparativos. Le pedí a Susy que me ayudara a escribir la lista para el supermercado y estudié su caligrafía: copié las formas en hojas que luego destruí, después de varios intentos creo que el parecido era casi idéntico.

—Tengo listos los sándwiches, el agua y mi cepillo de dientes —me dijo Susy.

—Muy bien, amor. Sólo nos faltan las carpas y la cámara para sacarle muchas fotos a las estrellas —le dije.

—¿Mamá está en alguna de esas estrellas?

—Claro que sí, corazón.

Encendí el auto y salí con las luces apagadas, apreté el acelerador lo menos posible para que nadie en la cuadra nos escuchase. El cielo estaba cubierto

La grieta en el cielo_2023.indd 61 3/5/2023 00:14:41

de vetas rojizas que parecían cortes en la piel. Susy dormía en el asiento de acompañante, con los sándwiches en su regazo, estaba ansiosa por acampar y ver las estrellas, pero el cielo estaba lleno de nubes en llamas. La bajé del auto y la puse en el largo pasto, dormía plácidamente sobre el seco pastizal, se parecía más a mí que a Clara.

No bien subí al auto empezó a llover, antes de eso logré cubrirla con el pasto más seco que encontré alrededor, los sándwiches que hizo tenían demasiada mayonesa y se me empastelaban entre las encías, las chispas que caían por el parabrisas me pusieron de buen humor.

Al día siguiente fue sábado, me puse un gorro de colores y agarré una varita de juguete de la caja de Susy, salí al patio para que el señor Olmedo me viera.

—Día de juegos, ¿eh? Ja, ja, ja —me dijo el señor Olmedo.

La grieta en el cielo_2023.indd 62 3/5/2023 00:14:41

—Hoy me toca ser una especie de bufón mágico o algo por el estilo. Era esto o hacer de princesa —le dije.

—Me parece bien. Cuando la nena crezca esto es lo que usted más va a extrañar. Se lo aseguro —me dijo.

Le di la razón, intercambiamos un par de comentarios más y nos despedimos con una sonrisa. Hice como que llevaba algo del patio para que no pareciera que salí sin motivo desde un principio y él siguió regando sus plantas; cuando entré a casa puse los dibujos animados al máximo volumen.

El domingo lo pasé viendo a través de las sucias ventanas, había pasado mucho tiempo desde que Susy las limpió, de ahora en más tendría que hacerlo yo. Faltaban doce horas para el lunes y dieciocho para que pudiese hacer la denuncia de que Susy había desaparecido y lo único que había dejado era una carta, explicando que fue a buscar a su mamá al campo. Debía practicar un poco frente al

La grieta en el cielo_2023.indd 63 3/5/2023 00:14:41

espejo, aunque sea una cara de consternación que no demandase más que ojos extraviados; de llorar ni hablar, no podría llegar al punto de gimotear frente a los uniformados y verme agotado por mi propia farsa.

A las seis del lunes fui a pararme frente a la casa del señor Olmedo, el sol recién asomaba entre las casas. Me puse una media y la otra colgaba de la punta de mis dedos, en la mano izquierda la taza de café inclinada con la mitad de su contenido derramándose y en la derecha la carta arrugada entre mi puño.

—¿Está usted bien, señor? —me preguntó el viejo.

Tenía que fijar la vista en algún punto, para que no notara mi cordura, que pensara que estaba completamente desorientado, loco; una vaquita de San Antonio movía sus alas sobre el césped.

Enseguida vio la carta.

—Déjeme ver eso, señor.

La grieta en el cielo_2023.indd 64 3/5/2023 00:14:41

Dejé que alargara su mano hacia la mía y forcejeara con mis dedos entumecidos. La leyó y dio un salto que le hizo crujir la espalda.

Los alaridos que dio al comisario eran exactamente lo que necesitaba, toda la atención de los agentes se centraba en este pobre señor que se debatía entre un derrame cerebral o por lo menos un desmayo, por tanta euforia. De vez en cuando apartaban la mirada de las venas que pugnaban por salir de la frente del señor Olmedo, como si fuesen lombrices debajo de una alfombra, y me miraban a mí, triste y carcomido por la desesperación hasta el punto de no poder hacer nada más que mirar el suelo. Me aseguré muy bien de que una de las medias permaneciera colgando de los dedos. Ellos pensaban que estaba loco.

Cuando llegué a casa fui a la cocina a fumar un poco, me daba pereza buscar el encendedor así que usé las hornallas de la cocina; deberían inventar cigarrillos que se fumen solos, es decir, que uno no tenga que hacer el esfuerzo de aspirar el humo para

La grieta en el cielo_2023.indd 65 3/5/2023 00:14:41

luego expulsarlo. ¿No sería maravilloso ahorrarse toda esa fatiga?

Ahora que Susy ya no estaba tenía que lavar los platos yo mismo; es mucho el tiempo que se pierde al enjabonar, enjuagar, secar y ordenar cada plato en los estantes. Cuando ensucié el último, empecé a comer directo de los recipientes que se meten al microondas. Ahora que estaba solo no debía seguir un orden, no debía ocuparme de cosas tan triviales como cepillarme los dientes y arreglar la cama, tendría que contratar a alguien más para que haga todos los quehaceres del hogar, pero también sería engorroso. Desearía haber sido una piedra.

Sonó el timbre un par de veces. Tal vez fueron cinco. Era el señor Olmedo.

—Buen día, señor Olmedo. ¿Necesita algo? —le dije.

—¿Está usted bien, joven? Se lo ve cansado —me dijo.

—Sí, estoy cansado. Mucho.

La grieta en el cielo_2023.indd 66 3/5/2023 00:14:41

—Bueno, tal vez un baño haga que usted se relaje un poco y no se atormente tanto con sus pensamientos.

Miré mi remera y habían manchas de diferentes colores, de varios días, no podía reconocer de qué era cada una.

—Hablé con la policía —me dijo—. Aún no hay indicios del paradero de Susy, pero en estos momentos es cuando la esperanza debe crecer. ¿No lo cree así?

La mancha que tenía al lado del bolsillo del pecho parecía ser de salsa, también podría ser de condimento, no lograba recordar y pensar ya me cansaba.

—Bueno, en fin. ¡Ánimo! Sabe que estamos para lo que necesite —me dijo antes de irse.

Permanecí en el portal, rascando la mancha de la remera; no sé cuánto tiempo pasó, las pantorrillas y la espalda baja me ardían por estar parado, no tenía fuerzas para retroceder y cerrar la puerta, y

La grieta en el cielo_2023.indd 67 3/5/2023 00:14:41

esconderme de los vecinos que miraban por sus ventanas. De todas formas, era tan placentero no hacer absolutamente nada, sentir cómo el latido de mi corazón se ralentizaba hasta convertirse en un eco en un largo pasillo, cuyo resonar se fuese agotando en cada rebote.

¿Odiaba a Susy? No. ¿Al señor Olmedo? ¿Clara? Todos ellos suponían el inmenso esfuerzo de tener que hablar, de escuchar, de ser consciente de sus existencias y lidiar con la idea de que, indefectiblemente, en algún momento tendría que interactuar con ellos.

Me acosté en el patio a mirar cómo las nubes se apretujaban, como si fuesen trozos de lana apachurrados en un tarro. El chasquido entre los roces ya se oía, dejaría que cada flama cayera de lleno en mi cuerpo. La carrera del fuego me puso ansioso, lo que harían esos trozos de cielo cuando cubrieran mi cuerpo me daba curiosidad. ¿Qué sensación tendría el vacío?

La grieta en el cielo_2023.indd 68 3/5/2023 00:14:41

—Joven. ¡Joven! Por fin despertó. El doctor nos dijo que disminuiría la dosis de morfina y que en cualquier momento se despertaría. Mi esposa y yo quisimos esperar para que no se sienta solo al abrir los ojos —me dijo el señor Olmedo.

Lloró amargamente como si fuese mi padre, se podía sentir entre sus patéticos gimoteos el alivio por verme vivo, la compasión que sentía hacía mí.

Traté de hablar, pero mi boca estaba como atada con alambres.

—No se mueva, está en el hospital. Quisimos cubrir los gastos, pero la pensión de su difunta esposa le sirve como un seguro de por vida. Estará orgullosa de usted por todo lo que ha hecho hasta ahora, se esforzó todo lo que pudo y eso es lo que cuenta —me dijo.

Pocos días después me dieron de alta, algunas quemaduras dejarían huellas, me negué a moverme por mi cuenta, me negué a hablar cuando me hicieron preguntas. «Como un seguro de por vida» había

La grieta en el cielo_2023.indd 69 3/5/2023 00:14:41

dicho; sí, así era. Ya hice lo suficiente. Me llevaron a un centro con grandes edificios donde los huéspedes golpeaban sus cabezas contra las ventanas enrejadas, idiotas, tampoco dejaban que las enfermeras les frotaran las sendas esponjas por sus espaldas a la hora del baño. Yo, en cambio, dejaría de mover todos mis músculos hasta que se atrofiaran por completo. «Como un seguro de por vida», sí, eso fue lo que dijo. Clara, mi querida Clara. Ya no tendría que trabajar incansablemente para poder seguir viviendo. Ahora estaba en paz con el viento, con el susurro de las hojas al moverse, como una firme roca en medio del campo.

La grieta en el cielo_2023.indd 70 3/5/2023 00:14:41

CUANDO EL SOL SE APAGUE

La noche ya no vino, a partir de ahí todo fue sol. Los primeros en suicidarse fueron los gallos.

Cerrar puertas y ventanas no servía, la luz penetraba de igual forma, y si bien no era una luz cegadora, era constante: *como si suaves gotas de agua cayeran entre ceja y ceja hasta gastar el cráneo.*

Los que tenían sótanos no se conformaban y cavaban para tratar de dormir bajo tierra. Sus neuronas chisporroteaban y el sueño cortaba todos los cables de la cordura. Ya nadie confiaba en los relojes, cómo saber si marcaban la hora exacta si es que el sol siempre se encontraba en el cenit; algunos extendieron sus jornadas laborales hasta desfallecer y hasta hoy otros siguen en su hora de almuerzo.

Matías tiró piedras al cielo, en una de esas podría al menos desgarrar al sol para que se desinfle

La grieta en el cielo_2023.indd 71 3/5/2023 00:14:41

completamente. En algún momento lo lograría porque cada vez se acercaba más.

Dejá que te ayudo, le dijo su amigo. Matías subió a sus hombros para acortar la distancia del objetivo.

No alcanza, dijo Matías, tendríamos que subir a una montaña o a un edificio altísimo.

La casa de los González es de dos pisos y tiene una terraza. No creo que nos den permiso para subir solos una montaña.

Nos sirve por ahora, le respondió Matías.

Tocaron el timbre ininterrumpidamente hasta que les abrió la señora de la casa. Ya sólo le quedaban los pelos de la nuca de tanto habérselos arrancado. Los invitó a pasar a la cocina a tomar un café con leche mientras se arrancaba los últimos cabellos naranjas, era una tarea impostergable y los dos niños lo comprendieron sin darle mayor importancia.

La grieta en el cielo_2023.indd 72 3/5/2023 00:14:41

La señora les dio permiso de agarrar todos los objetos que quisieran para llevar a cabo su juego y les dijo que tal vez ella se uniría a ellos cuando terminara sus quehaceres. En la terraza, el señor González contabilizaba en un cuaderno los rayos que caían sobre sus zapatos, estaba bien aferrado a su silla, porque el hecho de no tener sombra le provocaba un vértigo terrible, podía estar a diez kilómetros sobre el suelo, pero lo que lo mareaba era no tener ese soporte oscuro que solía desprenderse de sus pies.

Usted fue a la guerra, ¿verdad, señor González?, preguntó Matías.

Seguro que entonces tiene gran puntería, dijo su amigo.

El señor González dejó de contar los rayos que agrietaban el cuero de sus zapatos. Miró el suelo de la terraza como si en él estuvieran regados los recuerdos de sus años metido en el uniforme.

La grieta en el cielo_2023.indd 73 3/5/2023 00:14:41

¿Alguna vez escucharon el grito que sale de una garganta rebanada?, preguntó el señor. Es como si un petardo explotara en un charco.

Matías atajó como pudo el ácido que le subía desde el estómago, no quería que el esmalte de los dientes se le deshiciera como almidón.

Voy a traer mi escopeta, niños, espérenme acá, les dijo el señor González. Pareció olvidarse del vértigo que lo aquejaba hasta hace pocos segundos, corrió ansioso como un niño que quiere mostrar su juguete nuevo. Al regresar, subió las escaleras de dos en dos, traía pegado a su pecho no una escopeta, sino un fusil: un Mauser .30 carcomido por las termitas. Era un arma vieja, que no podía usarse fuera de los cuarteles, así que posiblemente la había robado del depósito.

¿Bien, niños? ¿Algunos de ustedes quiere disparar?, preguntó el señor González.

Matías agarró disimuladamente a su amigo del brazo para frenar sus ansias. La culata del fusil

La grieta en el cielo_2023.indd 74 3/5/2023 00:14:41

parecía queso parmesano de tantos agujeros que tenía, era lógico que no supiese sobre el uso de armas, pero asoció el fusil con un juguete viejo que estaba a punto de destartalarse.

El señor cargó las balas de una en una, como si fuesen fichas que uno mete a las maquinitas, estiró el cerrojo oxidado y apuntó directo el sol. El primer disparo hizo que sus tímpanos vibraran, el segundo llegó como un eco lejano; el fusil hacía que se moviera como un junco.

No veo que las balas lleguen, dijo Matías.

Yo tampoco, respondió su amigo. Hay que mirar fijamente, capaz ya le están haciendo agujeros y se está desinflando de a poco. Mirar al sol daba una sensación dulce. Matías se refrenaba tapándose con la mano y viéndolo entre sus dedos; sin embargo, su amigo lo miraba embelesado, como un bichito que se queda pegado a una lámpara de queroseno, dejando que el calor le queme las antenas.

La grieta en el cielo_2023.indd 75 3/5/2023 00:14:42

Quedaban dos balas en el fusil: la penúltima sonó como una advertencia, y la última partió la culata en dos. Con el retroceso la madera astillada se clavó en el señor González, los niños no supieron determinar en qué parte porque él ya estaba tumbado boca abajo.

Mejor nos vamos antes de que la señora vea todo este desastre. No estoy con ánimos para limpiar una terraza ajena, dijo Matías.

Me vas a tener que ayudar a bajar la escalera, le respondió su amigo.

Matías lo agarró del brazo y bajaron despacito, pisaban fuerte cada escalón. El niño ya no veía más que un velo blanco, iridiscente, y faltaría mucho para que dominase los demás sentidos y pudiera guiarse por cuenta propia. Matías lo acompañó un par de cuadras después de haber salido de la casa, no podría cargar con él por demasiado tiempo si es que verdaderamente quería lograr su cometido. Tuvo la decencia de acompañarlo hasta un paso peatonal y

La grieta en el cielo_2023.indd 76 3/5/2023 00:14:42

lo dejó ahí. Su amigo cruzó la calle pensando que Matías seguía a su costado.

La gente deambulaba por la calle, avanzaban en puntillas de pie, trataban de acercarse todo lo que podían al sol; eran como polillas sedientas de luz. Los gobernantes que aún no estaban ciegos concertaron una junta internacional para poner fin a la necesidad colectiva: tendrían que construir flotas espaciales que pudieran albergar a la mayor cantidad de gente para llegar al sol y vivir ahí, pegados a su superficie incandescente, acurrucados entre las flamas colosales que se desprendían de la superficie como tentáculos. Un grupo de insurgentes quería totalmente lo contrario: llegar al sol para destruirlo desde el núcleo; Matías buscó formar parte de este grupo, era descabellado pensar que se podría colonizar el sol, era mejor destruirlo completamente y acabar con todo ese infortunio.

Los que quedaron ciegos eran los adoradores del sol; tenían los ojos blancos y salientes, guardaban una frustración enorme por ya no poder ver

La grieta en el cielo_2023.indd 77 3/5/2023 00:14:42

la luz que en un tiempo los extasiaba. Con palos y palanganas se guiaban y se congregaban, uno los podía ver en medio de la calle, moviendo la cabeza para los lados como si quisiesen evitar que algún insurgente interrumpiera sus veredictos.

Pasaron tres días en los que Matías no pudo dormir. Se obstinaba en mirar el piso y usar las manos de visera para no convertirse en una de las polillas, pero el velo blanco de la ceguera ya estaba cubriendo de a poco sus retinas. Debía apurarse, sentía que el sol le respiraba en la nuca.

¿Matías?, preguntó su amigo.

Estaba a un par de metros, Matías no lo escuchó venir y eran los únicos en toda la calle.

Dudás al caminar, arrastrás los pies; me parece que te estás convirtiendo en uno de nosotros, le dijo su amigo.

El otro día cuando te dejé, fue sin querer, le dijo Matías, con un tono de desesperación.

La grieta en el cielo_2023.indd 78 3/5/2023 00:14:42

No importa, no tengo rencor. Era necesario. Ahora estoy con las polillas y vos podés ser uno de nosotros. Sin rencor, Matías.

El arrastre de decenas de suelas gastadas, como el roce de alas membranosas y polvorientas, surgió de entre las casas. Un enjambre silencioso que se guiaba por la respiración de Matías. En pocos segundos lo rodearon y miraron a través de su carne con sus ojos blancuzcos; dependía de él: si se unía a ellos debería mirar fijamente al sol hasta perder por completo la vista.

¿Y bien?, preguntó su amigo, y un eco múltiple le siguió.

Los resquicios que había entre las polillas se esfumaron, habían decidido por él. Tenía los brazos sujetados y varias uñas roñosas se clavaban en sus párpados. Había pasado muchísimo tiempo desde la última vez que miró el sol.

Ya no cumpliría su objetivo. Ahora su mundo era un vacío blanco. En todo el tiempo que pasó no

La grieta en el cielo_2023.indd 79 3/5/2023 00:14:42

pudo dominar sus otros sentidos, era un perro sarnoso que se arrastraba detrás de las polillas para poder subsistir. Si ya era difícil ser consciente del tiempo que transcurría, ahora le era casi imposible, trataba de determinarlo al tocar las arrugas que se formaron en el dorso de las manos y al contar los escasos cabellos que le quedaban en la coronilla. Aun así, con todas las limitaciones sensoriales, sabía que el sol lo observaba, era una gran mucosidad palpitante.

Las flotas se construían a montones. Algunas explotaban cuando salían de la atmósfera. El sol era de un blanco platinado y sus lenguas de fuego se expandían como serpentinas. La flota que transportaba a las polillas equivalía al tamaño de un pueblo pequeño, despegó y era como una gran ballena azul que surcaba el cielo.

Ya falta muy poco para que lleguemos, le dijo su amigo.

La grieta en el cielo_2023.indd 80 3/5/2023 00:14:42

Cuando este armatoste salga de la atmósfera se va a descuajeringar en mil pedazos. Estás enfermo, le respondió Matías.

Estoy obsesionado. Cuando ya estemos en la superficie del sol me vas a agradecer por el resto de tus días, le dijo su amigo. Cuando salgamos al espacio vamos a dejar la nave a la deriva hasta que la propia fuerza del sol nos atraiga.

El calor nos va a consumir muchísimo antes de que lleguemos a la superficie. Por lo menos cuando eso pase voy a poder descansar.

Podremos descansar cuando todos cumplamos con nuestro deber, dijo su amigo.

Salieron de la atmósfera sin mayores inconvenientes. Por alguna razón que no podía explicar, Matías sintió que las arrugas en su piel se borraban conforme avanzaban, que sus cabellos blancos se tornaban negros y que el velo que cubría sus ojos desaparecía como si una cortina se abriese; tal vez era efecto de la falta de gravedad. A través de los

La grieta en el cielo_2023.indd 81 3/5/2023 00:14:42

anchos paneles de la nave pudo ver su planeta, era una pasa de uva a punto de resquebrajarse, sólo faltaba que alguien la soplara suavemente para que se convirtiera en polvo.

Matías deambuló por la nave, las polillas corrían extasiadas por los grandes pasillos. El sol estiraba sus lenguas de fuego, ansioso por recibir a sus primeros habitantes.

Las otras naves van a llegar antes que nosotros. Vas a ver cómo se consumen ni bien se acerquen remotamente a la atmósfera del sol, dijo Matías.

Son de los Insurgentes, me vas a agradecer cuando veas lo que les pasa a esos herejes, Respondió su amigo.

Las naves que iban al frente explotaron como maíz ante el contacto con el calor. Matías esperó que les pasase exactamente lo mismo y se preparó para morir, pero su flota ingresó como si se sumergiera en las aguas de un arroyo apacible; las lenguas

La grieta en el cielo_2023.indd 82 3/5/2023 00:14:42

de fuego envolvieron la nave como lazos de algodón que buscaban protegerlo de todo mal.

Era más que seguro que deliraba. Mientras las otras flotas despedazadas flotaban en el espacio, ellos habían aterrizado y desembarcado sin inconvenientes. La superficie gaseosa del sol le hacía cosquillas en la planta de los pies. Era un desierto de luz incandescente que iba hasta un poco más allá del horizonte.

Supongo que estamos más que muertos, le dijo Matías a su amigo, y este es el infierno o el cielo, o la nada eterna.

Pasaron varios eones caminando por esa superficie gaseosa, sin mirarse a las caras y sin rumbo definido. Era la espera de algo incierto. Cuando pudieron dejar los pies quietos y mirar hacia donde aún se encontraba la Tierra y los demás planetas, al fin pudieron hablar.

La grieta en el cielo_2023.indd 83 3/5/2023 00:14:42

¿Cuánto tiempo pasó?, preguntó Matías. Creo que el tiempo ya no nos incumbe, respondió su amigo.

Cayeron en la cuenta de que de sus espaldas se desprendían prominentes alas que eran más livianas que el viento, y en sus manos derechas brillaba un cetro dorado que vaticinaba destrucción. Por el designio de una fuerza que desconocía, que ya le tenía preparada la misión desde antes de haber nacido, Matías tendría que posar su cetro en cada planeta que conformaba su galaxia, hasta deshacer hasta la última masa flotante en el inmenso vacío. Al final debería volver al punto de partida, pero sólo podría descansar una vez que el sol se apagase.

La grieta en el cielo_2023.indd 84 3/5/2023 00:14:42

LAS FOTOGRAFÍAS

Puedo sacar a los personajes que están en las fotos y hacer que bailen, hago que den grandes saltos y los zarandeo hasta que están demasiado agitados. La mayoría son sumisos, se dejan tironear y una vez que me canso se arreglan la ropa y vuelven a adoptar la postura que originalmente tenían en el cuadro. A los que más les cuesta es a los que tenían una sonrisa de oreja a oreja; al cabo de un rato lo logran, pero es como si alguien les estirase las comisuras con alambres de púas.

El único que se resistió una vez fue el hombrecito que alguna vez fui. Lo saqué de una foto agrietada, hice que apoyara la columna por el refilón de una escuadra y casi lo acogoté con una pequeña corbatita bordó que había tardado mucho tiempo en hacer. Cuando su carucha lampiña se tornó violeta me mordió en la yema del dedo índice y el pedazo de

La grieta en el cielo_2023.indd 85 3/5/2023 00:14:42

carne quedó colgando en su boca. No me amilané; los demás estaban mirando desde sus cuadros, en sus respectivas posturas; un paso en falso y todos saltarían para el motín. Lo tiré en la foto y antes de que pudiese reaccionar puse el marco boca abajo, lo dejé ahí un par de semanas hasta que se formó una capa espesa de polvo.

No dejé que ninguno de ellos sembrase la idea de rebelión. Pasé tantos años soportándolos en vida que el placer de tenerlos ahora en mis manos ya era irrefrenable.

Para ser más desafiante, a partir de ese día, pongo todas las fotos alrededor de mi cama para que vean que no tengo miedo, que si se atreven a salir por su cuenta de sus cuadros sólo tendré que agarrarles del cuello y cerrar mi índice y mi pulgar a su alrededor. Me funcionó con casi todos, se veían más tiesos que nunca, con sus contornos remarcados por el nerviosismo. Fue un buen método para todos ellos, menos para mi yo del pasado. Ahí estuvo mi error, haber olvidado lo patéticamente inadapta-

La grieta en el cielo_2023.indd 86 3/5/2023 00:14:42

do que era antes, cuando los sueños estaban firmes como cuerdas de embarcación, que luego se fueron deshilachando con el tiempo y las circunstancias. Lo puse al lado mío, en la mesita de luz, y me dormí de costado dándole la cara; tendría que haber previsto su temperamento, lo que hice fue como escupirle en la cara y, cuando me di cuenta, mi ojo derecho ya no era más que una masa sanguinolenta, irreparable.

Después de eso se esfumó, dejó su silueta marcada en la foto. Mientras la cuenca vacía aún me sangraba, lo busqué debajo del colchón y no estaba; miré debajo de los almohadones del sofá y no había rastro alguno. La cortina de la sala ondeaba por una leve brisa que entraba por una pequeña abertura, habría salido por ahí, tal vez, pero me quedaba la duda de cómo hizo para subir hasta la ventana. Deseaba que ese malnacido fuera arrollado en la calle, y que al día siguiente lo pudiese encontrar con las patitas tiesas y extendidas en el asfalto.

En el hospital me preguntaron cómo sucedió el accidente: les dije que me caí de las escaleras y

La grieta en el cielo_2023.indd 87 3/5/2023 00:14:42

el ojo se me fue justo sobre la punta de mi trofeo de mejor egresado, hasta me tuve que incrustar la estatuilla para que sea creíble, pero si hubiesen sido minuciosos se habrían dado cuenta de que la herida tenía marcas de uñas de un tamaño irrisorio, mi glóbulo fue escarbado como una zanja.

Tuve que ir a enseñar después de tres meses. La mitad derecha del auditorio no me era visible, tenía que dar toda la vuelta cuando una pregunta surgía desde ese sector. Empecé a sentir que alguien se me acercaba desde ese costado, que siempre estaba a un par de pasos y yo no quería dar una vuelta completa para poder verificar.

Llegó el día en el que por fin me tuve que quitar las vendas. El doctor me dio una serie de recomendaciones para limpiar la herida por mí mismo, aún faltaba para que cicatrizara del todo. La venda estaba un poco suelta, como si alguien la hubiese empujado desde adentro y lo que confirmó mi temor fue una huella roja al borde de la cuenca. Se había instalado en mi cerebro.

La grieta en el cielo_2023.indd 88 3/5/2023 00:14:42

Pensé en usar una pinza, pero esperé. En algún momento de la noche saldría y yo tenía que estar expectante para agarrarle, como si fuese un topo y mi cara su madriguera. Esperé toda la noche, mientras él se movía a sus anchas dentro de mi cabeza, tuve que luchar con las ganas de arrancármela y la mirada disimuladamente burlona de los otros me ponía más nervioso. Cuando cerraba el ojo izquierdo ellos aprovechaban para cuchichear entre sí, era la única venganza que estaba a su alcance.

La noche pasó y no pude cerrar el ojo. La herida me palpitaba después de haberla manoseado tanto, tratando de agarrar, aunque sea de los pelos, al intruso. Cuando esto pasaba él se iba al fondo del cráneo para resguardarse.

En cuanto los directivos de la universidad se enterasen de que era sólo el auxiliar de cátedra el que daba mis clases, me sancionarían y no tendría más que volver con la cabeza abombada. Pero si no lidiaba con esto las cosas se saldrían de control. El punto de inflexión fue cuando quemé mis corbatas,

La grieta en el cielo_2023.indd 89 3/5/2023 00:14:43

él estaba estirando los hilos correctos para manejarme a su antojo y ya podía ver cuál era su plan: reconstruir obstinadamente mis sueños, pieza por pieza, hasta convertirme en el fantasioso sin rumbo que alguna vez fui.

El piano empolvado vino hacia mí, o yo fui hasta él; en todo caso no sentí las piernas en ningún momento. El entramado de mi cerebro se movía como los hilos de un titiritero, y me fue imposible evitar sentarme frente a las teclas y tocar algunos acordes. Qué actividad innecesaria, tantos años de mi vida gastando mis yemas y mi tiempo en apretar teclas roñosas, tratando de sacar melodías que extasiasen a algún desconocido que luego no retribuiría ni la cuarta parte de todo mi esfuerzo, ni con reconocimiento ni con dinero. Sólo sería el relleno, el personaje de fondo en sus propias historias.

Dejé de ir a la universidad para dar clases, ya me había llegado la notificación de despido. Fui a las plazas con mi piano eléctrico a tocar hasta que me dolieran los dedos. Me resistí lo más que pude,

La grieta en el cielo_2023.indd 90 3/5/2023 00:14:43

pero al final del día el goce irracional al recibir halagos de desconocidos, al oír el aplauso de los que se juntaban alrededor y del tintineo de las monedas al chocar entre sí en el sombrero que dejé en el piso, se apoderaron de mí como lo había hecho el hombrecito que se obstinaba en usar mi cerebro como un monoambiente.

Ya no supe hasta qué punto seguía ejerciendo su influencia, si seguía modificando mis pensamientos o si era yo mismo el que, engatusado por las esperanzas, había vuelto a soñar con ser un gran músico; en vez de aferrarme a una vida cómoda y con preocupaciones programadas, que eran fácilmente subsanadas.

En casa ya no había leche ni carne y el poco pan que quedaba estaba repleto de un moho que se formaba como arbustos en el borde. Es por eso que dejé de tocar, de aferrarme a este oficio decadente. Una ráfaga de frío me recorrió la espalda cuando caí en la cuenta de que ese ambiente de carencia me resultaba romántico.

La grieta en el cielo_2023.indd 91 3/5/2023 00:14:43

Fingí acostarme y dormir la siesta. Esperé pacientemente a que él hiciera lo mismo y pude oír sus ronquidos desde el fondo de mi hipotálamo. La pinza me parecía, otra vez, una opción más que factible para librarme de todo el infortunio. La introduje lo más que pude hasta que sentí que él se movía, se había dado cuenta y fue una vez más hasta el fondo del cráneo.

Todos los personajes de las fotos se rieron de mí sin temor a las consecuencias. Creían que había perecido definitivamente bajo el yugo del hombrecito. No soporté ver a mis padres retorciéndose en las fotos, atajándose los estómagos por una risa incontenible, con una felicidad que surgía del «te lo dije». Que hay oficios que traen aparejada la miseria y más vale no apegarse a vanas ilusiones, que más vale una vida de repeticiones incansables que aseguren la decencia de no tener que tocar por limosnas.

Prendí la hornalla y la llama azul bailoteó bajo mi nariz, se veía hambrienta. Coloqué la punta de la fotografía en el borde del fuego, y la lengua

La grieta en el cielo_2023.indd 92 3/5/2023 00:14:43

azul y verdosa recorrió la cara de mis padres; reptó por todos sus cuerpos y pude disfrutar del dolor en sus rostros. Todavía me quedaban decenas de fotos, aún tenía mucho con lo cual consolarme, los vería arder una y otra vez hasta empalagarme con sus gritos apagados. Algunos subieron por mis brazos, desesperados, tratando de refugiarse en el agujero purulento que se abría en mi rostro. Pero en esto coincidíamos el hombrecito y yo: no dejaríamos que esos infelices encontraran la salvación, en ninguna de sus formas. Lo sentí apoyado en mi cuenca vacía, como si fuese el balcón de una gran torre, desde la que babeaba al apreciar extasiado cómo las figuras se consumían hasta desaparecer. No aproveché para arrancarlo de mi cabeza. No interrumpí su momento.

Entre el hombrecito y yo se dio una tregua implícita. Incluso colgaba sus pies del borde de la cuenca. Me dañé el cerebro cuando traté de sacarlo con la pinza y él trató de juntar las partes desprendidas y ponerlas en su lugar. No sé si las engrapó

La grieta en el cielo_2023.indd 93 3/5/2023 00:14:43

o las sostuvo con cinta, pero sentía que todo estaba en su lugar, aunque la masa gris palpitaba como una babosa bañada en sal.

Dormí lo que me parecieron días, sueños turbulentos que me apaciguaban. Soñé con galardones y lluvias de aplausos, con reconocimientos de todo tipo, con la fama y fortuna con las que algunos se topan como a un toro enfurecido que los embiste de frente. Pero sabía que era la proyección de algo que, en realidad, era inaccesible, ese destino me estaba vedado. Podría forzar los goznes oxidados de esas grandes puertas, pero al cruzarlas me toparía con el vacío, con el olvido anticipado, con el olvido intrínseco a mi ser, el que estuvo y estará más presente que el hombrecito que me estiraba los hilos.

Desperté sentado en el banquillo del piano, con los dedos furiosos machacando las teclas amarillentas, sacando estridentes acordes y melodías que serruchaban las paredes, buscaban arrasar cualquier orden que tuviese la potencialidad de reprimirlos. El hombrecito había pensado lo mismo que yo, se

La grieta en el cielo_2023.indd 94 3/5/2023 00:14:43

vio asfixiado por las reflexiones que embotaban mi mente, las digirió contra su voluntad y las asimiló como una maldición. Maldición que yo acepté y que me dio consuelo; en su caso era diferente, la obstinación lo cegaba y en cada acorde rabioso buscaba desgastar los barrotes de la fatalidad.

Desde los cajones sonaba el coro de burlas de los personajes de las fotos, de los álbumes empolvados que no me atreví a sacar nunca: un pandemonio que pulsaba como los gases que buscan romper los tejidos de un cuerpo putrefacto. Mi única salvación era destruirlo de una vez por todas, borrar esa parte de mí que pensé que ya no molestaría.

Saltó dentro del cráneo, moviéndose de aquí para allá, lo que buscaba era enervarme hasta la desesperación. Pensé en la posibilidad de sacarme el otro ojo y escarbar, ya que la cuenca vacía estaba inflamada y llena de pus, pero si se escapaba cuando me descuidase, tendría que perseguirlo por toda la casa hasta aplastarlo como a un ratón de cocina. Tarareó melodías que se hallaban en las partituras que

La grieta en el cielo_2023.indd 95 3/5/2023 00:14:43

se posaban en el piano; se había vuelto loco, ciego de furia, deseoso de machacar hasta mi última neurona ante la impotencia de no poder alcanzar su sueño.

Podemos volver a la vida anterior, le dije. Podemos volver a dar clases, en cualquier facultad y vivir cómodamente si abandonamos por completo. No hay que ser necios.

Pero no me escuchaba, prorrumpió un berrinche ensordecedor, como el balido de cien machos cabríos. No podía dejar que desarmara todo el entramado de mi cordura con sus pataleos, así que tomé el taladro y busqué empalarlo. El primer intento lo esquivó de suerte, en el segundo le di en una pierna, así hasta que sentí que quedó como un colador, al igual que mi cráneo.

Debería ir mañana a la facultad, a pedir que me readmitan, tendré que pensar en una buena excusa y preparar una disculpa extensa. Taponaría todos los agujeros de mi cabeza con algodoncitos y

La grieta en el cielo_2023.indd 96 3/5/2023 00:14:43

me pondría una peluca que tapase mi cráneo de colador. Eso si logro despegarme de este charco rojo y gelatinoso. En cuanto al hombrecito: yace en el fondo de la papelera, con la mirada helada y triste.

La grieta en el cielo_2023.indd 97 3/5/2023 00:14:43

La grieta en el cielo_2023.indd 98 3/5/2023 00:14:43

LA ESTACIÓN

Tenía mucha hambre, así que paré en una estación de servicio. Al querer entrar, una señora abrió bruscamente la puerta y casi me da en la nariz; no quise discutir, para evitar el enojo suelo pensar que esa clase de individuos tienen vidas duras o que por lo menos tuvieron un mal día. Fui a la mesa del rincón y me senté a ver cómo las personas hablaban entre sí, es raro de mi parte, lo sé, es como ver un cuadro que vibra, no se mueven mucho, a lo sumo gesticulan y la mayoría se ven cansados, hastiados quizás del sinsabor de las horas.

Llamé a la mesera tres veces y no me escuchó, estaba muy atareada tomando pedidos y limpiando mesas, así que me serví el café yo mismo; un anciano vio lo que hice y quedó estupefacto, no pensé que

La grieta en el cielo_2023.indd 99 3/5/2023 00:14:43

fuese de mala educación, mi intención era librar de un poco de trabajo a la joven mesera, quise explicárselo, pero ya se había subido a su camioneta. Habrá que ver qué tan quisquillosa puede llegar a ser la gente.

No es común ver a un anciano en estas rutas, mucho menos de noche, sin casas a kilómetros de distancia, una rueda llantada y quedás solo en medio de la nada, rodeado del murmullo que sale de entre los hierbajos que bordean el camino, recordando hasta la última historia truculenta que te contaron cuando eras niño. El silencio puede ser más dañino que el tronar de un bombardero, porque no se sabe que romperá la continuidad del vacío en los oídos. En caso de quedarse en medio de estas rutas es mejor asegurar todas las puertas y esperar a que el sol aparezca.

Estaba a punto de irme, el café sabía a cartón y no pensaba pagar por él, cuando apareció un gru-

La grieta en el cielo_2023.indd 100 3/5/2023 00:14:43

po bullicioso de jóvenes, tendrían mi edad. Entraron y armaron alboroto, agarraron unos cuantos bollos del mostrador sin que nadie les diera permiso y dejaron una bola de billetes que la mesera contó mientras ellos ya se iban. Me apuré y los seguí, necesitaba un poco de diversión después de tanto trabajo, así que me subí a la carrocería de su camioneta antes de que acelerasen.

—¿Alguien puso algo en la carrocería? —preguntó el conductor.

—No hay nada ahí atrás, mejor atendé el camino y lleguemos rápido. Quiero vomitar —le respondió la chica que iba de acompañante.

—Estos son los bollos que están semanas en el mostrador, pero eso son tan baratos. El azúcar que tienen encima ya está amarillento —dijo otro.

—A María le da igual, va a masticar el tercero y todavía no tragó el primero —dijo el conductor.

La grieta en el cielo_2023.indd 101 3/5/2023 00:14:43

La tal María tenía las pupilas dilatadas y engullía los bollos como si estuviese haciendo una tarea muy importante, ponía mucho empeño en abrir la mandíbula para comer. Me mudé de la carrocería al asiento de atrás para verla mejor.

—Bajó la temperatura, cierren las ventanas.

Todos cerraron las ventanillas menos María, que asomó la cabeza para regurgitar, la chica del frente le atajó el cabello como buena amiga y yo me pregunté qué pasaría si se abriese la puerta de repente, si por un descuido se me deslizasen los dedos sobre la manija. Cayó de lleno al asfalto y sonó como una torre de legos que se desploma, era puro huesos.

—¡Pará! ¡Pará el auto! —gritó uno.

Frenaron cincuenta metros más adelante y en contra de toda lógica se bajaron y fueron hasta María caminando, a paso muy lento. Me quedé en

La grieta en el cielo_2023.indd 102 3/5/2023 00:14:43

el asiento trasero para ver, cuando se pararon a su lado no hicieron absolutamente nada, estaban contemplándola, como cuando uno se despierta y mira el techo hasta que un espasmo hace que se levante de la cama. Tenía que improvisar, me pareció divertido soltar el freno de mano y girar un poco el volante, la inercia hizo que la camioneta fuera despacito hasta el barranco y cayera. Dieron la vuelta y tampoco hicieron nada, no sé qué se meten hoy en día, si fuman lo de siempre o se meten algo por los ojos, pero nunca me había tocado lidiar con personas tan aleladas. Era comiquísimo.

El murmullo entre la hierba sonaba fuerte entre tanta quietud y era un destornillador que desarmaba todo el mecanismo del raciocinio. Cuando el miedo entrara por sus columnas e hiciera que las caras se les entumecieran, yo sólo tendría que ver qué secuencia de decisiones estúpidas tomarían.

La grieta en el cielo_2023.indd 103 3/5/2023 00:14:43

—Pueden pensar que fuimos nosotros.

— Sí, van a culparnos —dijo el conductor.

—Te van a culpar a vos por no haber cerrado las puertas, José y yo no hicimos nada —dijo la chica que hacía un momento estaba de acompañante.

Me paré entre ellos para ver sus expresiones, los párpados les temblaban y tenían los tendones tensos.

—Si me culpan les voy a decir que ustedes la drogaron contra su voluntad —dijo el conductor.

—Vos sos el único mayor entre nosotros, te vamos a culpar hasta que nos hartemos, ¿O no, José? —dijo la chica.

José calló.

—¿Y desde cuándo ustedes se llevan tan bien? Nos vamos a culpar entre todos. Si yo me jodo ustedes también —dijo el conductor.

La grieta en el cielo_2023.indd 104 3/5/2023 00:14:43

—Vamos a la estación. Le tenemos que llamar a alguien —dijo José—, si nos ven acá al lado del cuerpo ya no va a importar lo que digamos o no.

Caminaron uno al lado del otro, de vez en cuando se juntaban tanto que chocaban sus codos y luego se apartaban un poco, enseguida volvían a buscar ese roce para saber que no estaban solos en medio de la ruta.

El asfalto era una cicatriz entre la hierba que crecía rápidamente hasta convertirse en maleza. Un grito no es un grito si la última onda de sonido se deshilacha entre la brisa y nadie lo escucha. Debían apurar el paso porque la noche no hacía más que oscurecerse y enfriarse. Pensaron en volver a la estación, no estaría tan lejos, tal vez a una hora u hora y media. El frío recrudecía y el viento golpeaba, sin la calefacción de la camioneta sus ropas no eran más que adornos ondeando sobre sus torsos flacos.

La grieta en el cielo_2023.indd 105 3/5/2023 00:14:44

—No vamos a llegar, llamale a la policía y volvamos a la camioneta —dijo el conductor.

José marcó el número y esperó, revisó la señal y estaba con una sola raya.

—Tengo que ir a un punto elevado, desde acá no alcanza.

Miraron a su alrededor y a la derecha de la carretera, a unos cincuenta metros de la banquina, había un promontorio poco prometedor.

—¿Quién va a probar? —preguntó José.

—El celular es tuyo, andá vos —respondió el conductor.

—Entonces, ¿por qué no sacás el tuyo y vas vos?

—Dejé mi cel en la guantera de la camioneta. De todas formas, tenemos que volver. Andá y hacé

La grieta en el cielo_2023.indd 106 3/5/2023 00:14:44

la llamada rápido. Capaz la calefacción siga funcionando.

José miró a la chica, no la mandaría ni le pediría que lo acompañase, aunque le inquietaba dejarla con el conductor, ésta tendría que haber sido la noche en la que la hubiese alejado de ese imbécil. Caminó resignado hacia el promontorio.

Se guio con la linterna del celular, no recordaba que la hierba estuviera tan alta. Iba en zigzag como una luciérnaga borracha, cuidando de no pisar lo que no veía. La señal del celular subía de a poquito. La piel le escocía por el roce con la hierba, alguna seguramente era venenosa. Si subía una barrita más volvería a intentar llamar a la policía. Cuando quiso dar otro paso se le trancó el pie, la hierba se había fundido con su carne hasta la altura de las pantorrillas. Ni siquiera quiso gritar, no le invadió el miedo. Lo aceptó como algo inminente y lo dejó estar.

La grieta en el cielo_2023.indd 107 3/5/2023 00:14:44

Me puse arriba del cuerpo sin pisar absolutamente nada. No creo que a estas alturas la hierba pueda hacerme algo, pero es mejor prevenir. Era realmente bellísimo cómo las largas y finas hojas nadaban entre los tejidos del cuerpo como gusanos en el lodo.

Volví hasta el conductor y la chica. Caminé una vez que llegué al asfalto y los dos estaban ansiosos por ver si José ya volvía. Volvería, eso era seguro. Tal vez ya los estaba esperando en la estación. Pensé en sugerirles que era mejor continuar y descubrir qué nos deparaba el camino, pero cuando me decidí no me escucharon e hicieron como que no me veían. Peor para ellos, por arrogantes.

María fue la primera en darse cuenta de que no quedaba otra más que volver a la estación a ocupar un lugar. Se arrastró por el asfalto frío y sus huesos que aún goteaban sangre caliente, salientes y puntiagudos al haber perforado sus músculos,

La grieta en el cielo_2023.indd 108 3/5/2023 00:14:44

eran como crayolas que dejaban su trazo. Se arrastraba más que nada con la fuerza de sus antebrazos, ansiosa. Y el muchacho y la otra chica siguieron el reguero de sangre de María.

Es placentero respirar el aire frío y húmedo de la noche. Los sigo a cierta distancia para no interrumpir, dejo que se apacigüen con cada metro que avanzan. Al llegar a la estación cada uno ocupó un lugar, en las mesas o en la barra. Di vueltas y vueltas y ya no quedaba ningún lugar para mí, hasta el viejo que antes había huido estaba tomando un café en la barra. Salí a la calle y el sol ya estaba mostrándose mientras la estación se difuminaba detrás de mí. Había llegado el momento de descender, ahora espero entre la hierba a que alguien me recoja.

La grieta en el cielo_2023.indd 109 3/5/2023 00:14:44

La grieta en el cielo_2023.indd 110 3/5/2023 00:14:44

TRASTIENDAS

No había nada para hacer. Era martes. Pero como se volvió a quedar sin trabajo pensó en la mejor forma de organizar su comida, de tal manera a que le durase el mayor tiempo posible en caso de que tardara en conseguir aunque sea una changuita. Se comió, con cáscara y todo, el limón reseco que llevaba varias semanas en la puerta de la heladera. Encendió la computadora para actualizar su currículo, cada trabajo era como una insignia de *boy scout* que pegaba en una hoja de tamaño oficio.

Imprimió diez copias del currículo, los documentos en la mano le pesaban como el ancla de un barco. Tenía la lista de los lugares a los que iría y le pareció que el itinerario a recorrer era un viacrucis. ¿Qué pasaría si decidía no ir? Esperaría la inanición encerrado en su pieza, no quería estrechar manos pegajosas y soportar las sonrisas amarillentas de los

La grieta en el cielo_2023.indd 111 3/5/2023 00:14:44

entrevistadores. Esperaría quietito en su pieza a que el hambre lo consumiera hasta liberarlo.

Las letras en los documentos se derritieron ante sus ojos, la tinta corrió por sus manos como cera caliente y tiró las hojas en medio de la sala. Era un material lo suficientemente inflamable como para hacer una hoguera y así lo hizo. El fuego no tardó en alcanzar el techo y ensancharse, consumió los muebles como si fuesen algodón de azúcar. Fue a su pieza para acostarse en la cama a esperar que las llamas lo consumieran, pero al fondo de la habitación había un agujero rectangular con los bordes perfectamente simétricos. Se asomó para ver lo que había en el agujero y se vio a sí mismo acostado en su cama. Era su casa, o una réplica de la misma, pero con la decoración de unos años atrás. También su doble que yacía en la cama se veía con unos años menos, no tenía las ojeras grises ni las canas gruesas que brillaban entre el negro.

Se le veía menos turbado, con preocupaciones menores arañando su entrecejo, preocupaciones que

La grieta en el cielo_2023.indd 112 3/5/2023 00:14:44

para él, en ese momento, eran las más acuciantes y que nadie más sufría. Tal vez tendría que decírselo mientras aún dormía, susurrarle al oído, decirle que esa carencia que se le manifestaba en el pecho no había surgido hace poco, sino que estaba ahí mucho antes de que el tiempo empezase a desparramarse sobre sí mismo, como una vela cuyo sebo se acumula hasta llenar la habitación.

Lo dejó dormido y le acarició el pelo; ese tipo tendría que pisar muchas cuchillas oxidadas y sudar demasiado para terminar en el mismo lugar de inicio. Afuera todo estaba congelado, pero a cada paso que daba las miradas de los peatones, conductores y cualquier ser vivo que estaba en la ciudad se le pegaban como ventosas en los pelillos de la nuca. Parecían tratar de liberarse de su inmovilidad para aplastarlo con la compulsión de sus masas ingentes, hasta que de él sólo quedase un polvillo rojizo en el asfalto.

Caminó dos cuadras más y las personas inmóviles que dejaba atrás se acercaban cuando él no

La grieta en el cielo_2023.indd 113 3/5/2023 00:14:44

las miraba. Cuando posaba sus ojos en ellas volvían a estar quietecitas, pero con la ansiedad marcada en sus párpados alicaídos. Al final de la cuadra había otro agujero rectangular que daba a una calle idéntica a la que ahora él estaba pisando, se agachó dentro del agujero sin soltarse y le pareció que el aire era un poco menos sucio, con unas miles de toneladas de combustible quemado menos. Alguien le había agarrado fuertemente del tobillo, al darse la vuelta, estaban todos petrificados, con las bocas abiertas en un grito desgarrado y pausado. Se tiró al nivel de abajo y cayó sin sentir nada, en el agujero del que había saltado y que se superponía como una calcomanía en el cielo anaranjado, las cientos de cabezas enfurecidas se apelotonaban en el borde sin poder bajar en el nivel en el que ahora él se encontraba.

En este nivel la gente se movía sin problemas; salían de los troncos de los árboles como si estos fuesen cartucheras, o abrían el asfalto con la misma facilidad con la que un pollito abre su cascarón; y sonreían, sonreían todo lo que podían y a él le parecía

La grieta en el cielo_2023.indd 114 3/5/2023 00:14:44

que eso debía doler. Estaban obligados a mostrarse felices todo el tiempo y a él le vino el recuerdo del dolor en la mandíbula y en la comisura de sus labios.

Llegó hasta el borde, su memoria le indicaba que ahí debería estar un supermercado y un taller mecánico, pero nada de eso era relevante, sólo estaba el edificio de su antigua escuela, y más allá se extendía un abismo de susurros crepitantes.

El edificio parecía estar compuesto por los sueños futuramente truncados de todos los estudiantes. Los pasillos eran más angostos de lo que recordaba y con cada paso marcaba el polvo acumulado en las baldosas. Sonó el timbre del recreo y los alumnos y maestros se deshicieron para formar una capa de polvo más en el suelo. Bien al fondo de su antigua aula se encontraba su yo de quince años, con el pelo casi tapándole los ojos y las orejas, con la cabeza gacha y un bolígrafo sujeto al revés. Aparentaba mirar fijamente una línea en su cuaderno, pero sólo había garabatos. Se acercó para descubrir lo que su joven yo miraba, le apartó un poco el fle-

La grieta en el cielo_2023.indd 115 3/5/2023 00:14:44

quillo y vio sus pupilas abiertas como dos remolinos que engullían el aire, una succión leve que iba en aumento, con el afán de destruir hasta el último recuerdo. Se apartó de él. A través de las ventanas, el paisaje estaba plastificado, trató de correrlas, pero no había caso, tal vez lo mismo había pasado con la puerta y cuando la vio ésta ya no era más que trazos en la pared. Se le ocurrió que la única salida eran los ojos del adolescente, tendría que desgarrarlos si no quería quedar atrapado en esa partícula de tiempo. Metió el dedo índice todo lo que pudo y agrandó el agujero, rasgó sus retinas, pero ya no podía extender el espacio más allá de sus cuencas. Con una silla sería suficiente para resquebrajarle el cráneo; uno, dos y tres golpes, con el cuarto logró una fisura lo suficientemente grande para poder palanquear y al destapar la cabeza encontró el vacío absorbente, como una masa gelatinosa, la agarró y la extendió como una manta y se arropó con ella para dormir.

Durmió lo que le parecieron eones, en una grieta del tiempo, y despertó con la brisa dándole en

La grieta en el cielo_2023.indd 116 3/5/2023 00:14:44

la sien, acostado en un pastizal enorme y cóncavo. Ya estaba harto de tener que descender, sabía que el lugar en el que estaba no era más que otra trastienda, aunque el núcleo estaba cerca. Tuvo que evitar a los miles de niños balanceándose en sus columpios, atrás de uno de ellos debería estar lo que él esperaba que fuese la última puerta, el último descenso hasta su origen.

Recorrió entre los columpios como si estuviese en un laberinto de espejos; evitaba que los balanceos le pegaran en la cabeza. Los niños trataban de columpiarse hasta lo más alto, para que en algún momento pudiesen dar una vuelta completa y sus ojos estaban regados en lágrimas, chorreantes de desesperación. En un consenso tácito bajaron de sus columpios y se acercaron a él para tratar de convencerlo de que dejara de buscar, que cesara de escarbar en donde no debía; miles de manitos tironearon de su remera, pero él no cedía, seguía cavando en la yerta tierra, dejándose las uñas en cada pedazo de suelo; su remera terminó hecha jirones

La grieta en el cielo_2023.indd 117 3/5/2023 00:14:44

y como los niños no tenían de dónde más estirar, clavaron sus uñas en donde podían y pusieron todas sus fuerzas para que él no descendiera al último nivel.

Faltaba poco. Ya podía oler el talco y el suavizante que se desprendía de lo que él suponía era ropa de bebé. Desde arriba seguían estirando de sus piernas y lograron sacarle uno de los zapatos; cayó de lleno en una habitación mal iluminada y el agujero de donde cayó se cerró lentamente. Estaba en la habitación de un recién nacido, una cuna blanca con altos barrotes protegía a un niñito rosado que lo miraba mientras se metía los dedos en la boca. Abrió la puerta y desde la planta baja se oían dos voces que se le hacían conocidas; bajó hasta la cocina y se encontró con sus padres, se veían jóvenes: su papá con todos los cabellos bien puestos y su mamá sin ninguna arruga en la cara. Lo miraron perplejos, como si ante ellos se presentara el hongo de una gran explosión; y es que estaba con el torso desnu-

La grieta en el cielo_2023.indd 118 3/5/2023 00:14:44

do, cubierto de profundos arañazos y con tierra desde los pies a la cabeza.

Volvió a subir mientras sus padres marcaban desesperados, estarían llamando a la policía, avisándoles que un vagabundo ingresó a su domicilio. Se encerró en la pieza del bebé y en la puerta su padre la golpeaba tratando de derribarla. Ahora podía eliminar su existencia de la historia, no completamente, pero era suficiente lo que se le había otorgado; la cabeza del bebé no albergaba recuerdos: ni decepciones ni fracasos, ni la irremisible certeza de que el olvido era y fue siempre un destino fatal; podía eliminar todo trazo de su andar vagabundo por este mundo, como el reguero de baba que deja un caracol. Los golpes en la puerta eran más frenéticos, su papá se estaba dejando los nudillos en los relieves de la puerta; buscó algo que le sirviese, algo con lo que pudiese barrer con todo lo que había hecho en su vida; encontró en uno de los cajones de la cómoda un peine con una navaja insertada entre los dientes, de esos que sirven para recortar el cabello a los ni-

La grieta en el cielo_2023.indd 119 3/5/2023 00:14:44

ños, lo desarmó y pasó el filo de la hoja por la yema del índice para comprobar si serviría; la puerta retumbaba por el golpeteo de puños que colmaban toda su extensión.

Se acercó a la cuna y sostuvo la cabeza del bebé con firmeza, la mano que sostenía la hoja de afeitar no le temblaba ni un poco. Las pestañas del recién nacido se movían como las alas de una polilla, el cuerpo entero parecía estar compuesto sólo de polvo, esperando deshacerse de un momento a otro. La hoja de afeitar pasó por el cuello como si estuviese abriendo surcos en la arena de la playa. No hubo transición alguna. No pudo ver cómo terminaba el corte, porque él y su memoria se habían esfumado.

La grieta en el cielo_2023.indd 120 3/5/2023 00:14:45

EL COBRADOR

En la alacena sólo quedaban un paquete de arroz cerrado con presillas y un tarro de café italiano que el hermano de Juana les trajo de su último viaje; Juana lo había escatimado tanto que el tarro seguía casi lleno y la fecha de caducidad estaba próxima, lo sacaba siempre que tenía visitas y lo ponía en un lugar que no fuese muy evidente, pero que estuviese a la vista para que le preguntasen por él, así ella podía disimular su pobreza. Gracias a Dios nadie le pidió nunca una taza de aquel café.

Su marido llegó de la obra, con un intenso olor a carpincho mojado. Tuvo que apartar la montaña de sobres que obstruían la entrada: facturas de luz, de agua y cuotas atrasadas de electrodomésticos que a la fecha solo servían para apoyar vasos

La grieta en el cielo_2023.indd 121 3/5/2023 00:14:45

o colgar ropas; los papeles eran como una capa de nieve que se extendía por toda la casa y cubría hasta sus tobillos.

—¿Qué tal el trabajo? —le preguntó Juana.

—Paró la obra hasta nuevo aviso —le respondió su esposo.

—¿Te van a seguir pagando mientras tanto?

Su marido no respondió, la respuesta era obvia. Juana miró la alacena y su marido supo lo que ella quería saber, revisó su bolsillo hasta el fondo y se escuchó un tintineo, revisó también el tarro que tenían debajo de la bacha y encontró un par de billetes. Le parecía recordar que los billetes de serie C estaban fuera de circulación, pero no estaba seguro porque hacía mucho que ya no podían ver la tele.

Cada vez que la panza de Juana ronroneaba ella se aclaraba la garganta. Su marido le dijo que no

La grieta en el cielo_2023.indd 122 3/5/2023 00:14:45

tenía hambre y que se iría a dormir, lo único bueno del hambre es que el sueño es muy profundo.

—¿Qué día es hoy, Juana? —preguntó su marido, acostado en el sillón de la sala.

—Lunes. Hoy viene el cobrador. Hay que elegir la excusa para hoy y esperar a que venga la semana que viene —respondió Juana.

—A estas alturas ya no hace falta ni que hablemos. Que venga y golpee la puerta las veces que quiera.

El cielo se tornó naranja. Los cobradores solían venir justo después de que el marido de Juana se sacara los zapatos, parecían esperar el momento más inoportuno para tocar la puerta. Era la pequeña venganza que tenían antes de que Juana o su marido les atendieran y les dijeran descaradamente que no molestaran y vinieran la próxima semana, que no había plata. Habían enviado una serie de cobradores, uno más tenaz que el otro, pero llegado un punto todos se quebraban y desistían. Juana se moría por sa-

La grieta en el cielo_2023.indd 123 3/5/2023 00:14:45

ber quién sería el nuevo, qué trucos emplearía; había escuchado todo tipo de amenazas hilarantes y hasta el último de sus parientes, incluso aquellos que ella no conocía, recibieron las maldiciones de los cobradores.

Al otro lado de la calle estaba parado un hombre con una gabardina caqui y un sombrero de copa, su inmovilidad no disminuía su llamativa apariencia, pero los vecinos no reparaban en él, el señor Martínez siguió regando sus plantas a unos metros sin levantar la vista ni una sola vez.

—Parece que este es el nuevo, Juana. Mirá su pinta.

Juana reprimió una carcajada porque el señor ahora estaba frente a su puerta. Ella y su marido lo veían desde la ventana de la sala y el señor tenía clavados los ojos en el picaporte; sonó el timbre, pero ellos no tenían timbre; el ruido era como una grie-

La grieta en el cielo_2023.indd 124 3/5/2023 00:14:45

ta que restallaba al recorrer las paredes de la casa. Juana se apresuró a abrir la puerta antes de que los cimientos de la vivienda se asentaran.

—¿Usted es el nuevo cobrador? No hay plata, venga el lunes —le dijo Juana.

El hombre no se inmutó. Parecía no tener párpados, las venas en sus ojos eran relieves duramente marcados y las pupilas eran como el agujero de un sacapuntas. Juana quiso cerrarle la puerta en la cara, pero el señor ya estaba adentro, sentado en un extremo del sofá. Tenía marcado en el semblante una voluntad impertérrita: no se iría hasta cobrar el último centavo.

—No hay dinero ¿No escucha? ¿No entiende? Fuera de nuestra casa —gritó el marido de Juana.

El Cobrador ni lo miró. Anotó números en una libreta marrón y al lado de las cifras describía

La grieta en el cielo_2023.indd 125 3/5/2023 00:14:45

los objetos que estaban en la casa. Agarró un gran jarrón de barro y lo puso en la mesa del comedor, buscó en los cajones y fue sacando los cubiertos que estaban menos roídos; por último, agarró un par de facturas del piso, las puso sobre el montón de cosas que estaban sobre la mesa y las hizo desaparecer.

Eso es cosa del diablo, pensó Juana, y tomó de la mano a su marido hasta estrujarle todos los dedos. Ya no tenían valor para echar al Cobrador, caminaba por su casa como si cada baldosa que pisaba la hubiese hecho él.

—Ha de ser una alucinación de tanta hambre que tengo —dijo Juana.

—Pero yo también le veo —repuso su marido.

—Entonces a vos también te estoy imaginando nomás —dijo Juana con voz atronadora, haciendo dudar a su marido de si en verdad él estaba siquiera ahí a su lado en ese momento.

La grieta en el cielo_2023.indd 126 3/5/2023 00:14:45

Juana estironeó a su marido de su ya descosida camisa y lo llevó hasta la habitación; tal vez si dormían y despertaban el cobrador ya no estuviese ahí, o de última entraban en un sueño más profundo, donde tuvieran plata y aún se quisiesen; daba igual si fuera o no verdad.

Cerraron los párpados tan fuerte en su intento de dormir, que se les aparecieron lucecitas de distintos colores. Afuera se escuchaba el roce de un lápiz bien afilado rasgando el papel, anotaciones o cálculos furibundos gastaban rápidamente la mina; Juana esperaba que por esta vez, y por el resto de su vida si es que ese era el precio, solamente fueran las ratas royendo los marcos de las puertas.

—Esta suele ser tu hora de ir al baño. ¿O no? —le dijo Juana a su marido, instándole a cumplir una orden implícita.

La grieta en el cielo_2023.indd 127 3/5/2023 00:14:45

—No, es demasiado temprano. Seguro que todavía ni entró todo el sol —respondió su marido haciéndose el desentendido.

—Sí, siempre te vas a esta hora —repuso Juana, sentenciosa.

Su marido se levantó a regañadientes y arrastró sus pies que sonaban como lijas, cuyas plantas se partían como cal viva. Efectivamente eran las ratas, dos de ellas se apretujaban en un rincón del pasillo, estarían saciadas de tanta madera astillada que conseguían de los marcos y de las patas de las sillas; pero se dio cuenta de que no estaban descansando, sino que estaban arrinconadas y sabía que no era por su causa. A su espalda estaba el Cobrador, que con un fuerte punto y aparte marcado en su libreta pasó raudo frente a él, haciéndole erizar los pelitos de las piernas, para agarrar del cogote a las dos ratas que pedían auxilio con sus miradas. Las llevó como si fuesen dos cachorros mansos y las colocó encima de la mesa, donde estaban varios cacharros oxidados por el tiempo. Posó solamente media factura de

La grieta en el cielo_2023.indd 128 3/5/2023 00:14:45

luz, que databa de un año remoto, y los cacharros y las ratas desaparecieron frente a sus ojos, para ir a quién sabe a dónde.

El Cobrador había colocado sólo media factura de luz sobre el montículo de objetos y se había llevado casi todo lo que tenían y suponían era de valor. El marido de Juana removió sus pies entre la todavía espesa capa de facturas, que aún le cubría los tobillos y se extendía por toda la casa. El marido de Juana no sabía que las ratas eran consideradas de su propiedad, o si el Cobrador tenía en cuenta todas las cosas que estaban dentro de la casa para ir cobrando lo adeudado. De ser así, ¿hasta qué punto iría?

Salió de la cocina mientras el cobrador estaba forzando los soportes de la alacena.

—¿Qué era lo que hacía tanto ruido? —preguntó Juana.

—Las ratas nomás —respondió su marido.

La grieta en el cielo_2023.indd 129 3/5/2023 00:14:45

Juana sabía que su marido le estaba mintiendo, porque después de hablar se dio la vuelta y se cubrió con la manta hasta taparse la nariz. Así que tendría que ir a ver ella misma; por más de que estuviesen rotosos y le quedasen tres tallas más grande, ella era la que llevaba los pantalones en la casa. El Cobrador sacó el último tirafondo que sostenía la alacena a la pared, la agitó como si fuera un sonajero, y con base en ell sonido que hacía, anotó juiciosamente el valor del mueble y todo lo que se encontraba adentro. El café italiano se encontraba en la repisa más alta; Juana no permitiría que este esclavo de usurero venido a menos le quitara lo único importante que le quedaba; lo que representaba un pasado que, desfigurado por una memoria mitómana, era el pináculo de la felicidad material, la única felicidad legítima.

Se abalanzó sobre el Cobrador, le daba igual si es que provenía del mismo infierno; Juana sacó el tarro de café de la alacena y lo aferró contra su pecho como si fuese su hijo más preciado; el Cobra-

La grieta en el cielo_2023.indd 130 3/5/2023 00:14:45

dor miró el tarro con ganas de tasarlo y rematarlo a las entidades que solamente él conocía. El café no agotaría las miles de facturas que quedaban, así que no tenía caso; el cobro de las múltiples deudas no era más que un capricho por parte de los acreedores, querían demostrar que eran implacables, enviar un mensaje.

Quedaban pocas cosas por rematar. Deberíamos buscar más ratas, dijo el marido de Juana, y le explicó a su esposa que el Cobrador también las había tasado; debían buscar en todos los recovecos, en las paredes llenas de grietas que se asemejaban a leche cuajada. No encontraron ni rastro de los roedores. Así que Juana pensó que, si las ratas habían servido para eliminar unas cuantas facturas, tal vez ellos también tenían un precio a ojos de los liquidadores para los que trabajaba el Cobrador. Ella había dado mucho por su familia, y aún le quedaba su café, tenía el derecho de tomarlo hasta hartarse, hasta que le diera taquicardia y le temblasen todos los ca-

La grieta en el cielo_2023.indd 131 3/5/2023 00:14:45

bellos; sin embargo, ¿que tenía su marido?, perdió su trabajo y no tenía ninguna afición más que postrarse en el sofá, su existencia era menos significativa que la de las ratas.

Agarró a su marido de los hombros y lo puso frente al Cobrador, él no parecía entender lo que tenía que hacer y lo apartó para tratar de tomar el tarro que Juana sostenía. Los hombres no entendían lo que no era literal, debía ser obvio para que sus cerebros pudieran procesar la información. Tomó el brazo de su marido y lo cortó con el único cuchillo que quedaba, los alaridos no la distrajeron, siempre se enfocó de lleno en sus objetivos y esta no sería la excepción, quedaba un colgajo de piel grasosa que no podía cortar y tuvo que usar los dientes. Mientras su marido se sujetaba el muñón pululante, ella puso el brazo en la mesa, el Cobrador se avergonzó por no haberse dado cuenta de su tarea y se apresuró, una vez más, en hacer sus cálculos. El brazo valía un montículo grande de facturas, pero aún queda-

La grieta en el cielo_2023.indd 132 3/5/2023 00:14:45

ban demasiadas. Probó con el otro brazo y luego con un pie, las facturas que ella pensaba que estarían regadas por su piso por el resto de su vida, ahora se desvanecían ante sus ojos con cada mutilación ofrendada. Su marido se retorcía por puro reflejo en el suelo, pero en su mirada se reflejaba una entrega total a la mujer que todavía amaba, y se dejaba hacer.

Juana posó la cabeza de su marido en la mesa, esperaba que con eso se agotaran todas las facturas. El trazo del lápiz le rayaba la paciencia; el Cobrador colocó todas las facturas que quedaban en el piso y Juana se despidió de lo que quedaba de su marido, sin mucha ceremonia.

Abrió el tarro de café, el olor la llenó de regocijo, ahora tendría tiempo de tomar una taza bien caliente; pero el ruido que hizo el Cobrador la distrajo, sacudía un fajo de facturas que Juana no sabía de dónde las había sacado, se indignó, eran los inte-

La grieta en el cielo_2023.indd 133 3/5/2023 00:14:45

reses moratorios que aún quedaban, y que tenía en el bolsillo de su gabardina. El Cobrador golpeó con su índice la tapa del tarro, indicándole a Juana que si se lo daba se saldaba toda la deuda.

Al otro lado de las ventanas se veían las luces titilantes del alumbrado público, de un amarillo enfermizo. El Cobrador redactaba lo que parecía un informe, tendría que dar parte a sus superiores de todo lo cobrado, para él fue un día muy productivo. Dio un puntazo a su libreta y la cerró, en su cara se apreciaba una satisfacción que no cabía en él; levantó su sombrero a modo de despedida y agradecimiento, nunca había tratado con una persona tan razonable, y por fin se fue, traspasando la esquina de la cocina.

Juana estaba sentada en un rincón. Ahora que sólo le quedaba una mano y ya no tenía con qué pararse, le costaría preparar un rico café; pero más temprano que tarde lo lograría. Porque como de costumbre, ella conseguía todo lo que se proponía.

La grieta en el cielo_2023.indd 134 3/5/2023 00:14:45

PARHELIO

La pintura en sus pinceles se secó y se cuarteó como arcilla. Podía pasar horas frente al lienzo, desde que la luz entraba por la ventana hasta que el viento de la noche hacía gemir los goznes. La imaginación se le descompuso después de tantos trazos. Ya no había ningún estímulo para él. Conocía todos los colores, podía distinguirlos por el calor que emitían, por el olor de los químicos con los que estaban compuestos los diferentes tonos, y todas las combinaciones pasaron por la punta de sus pinceles. Había pintado todo y aún le faltaba mucho para morir.

—Helena, el agua ya está hirviendo.
—Ya voy, ya voy —dijo ella.

Hacía demasiado calor y Helena no pensaba dejar que el algodón de la ropa le sacara ronchas en los muslos ni en los pliegues de los pechos. El vapor

La grieta en el cielo_2023.indd 135 3/5/2023 00:14:45

del agua hirviente chocó directo con su piel y las gotas que se concentraron en sus imperceptibles vellos se deslizaron hasta tocar el piso. Con todo eso, Beli no era feliz.

—¿Está rico el café? —preguntó Helena.

—Si lo tomo ahora se me achicharra la garganta.

—Así es más rico —le dijo Helena—, en el punto justo, hasta que se te quemen los dedos y la lengua.

Helena se levantó y se bamboleó hasta su habitación. Pasaría el día entero tirada en su cama, con los rayos del sol dándole en todo el cuerpo. Beli aprovechó y salió. Su casa estaba ubicada en medio de un campo de trigo, las colosales espigas concentraban toda la luz y parecían estar hechas de bronce. Las montañas cercaban el trigal y dejaban un estrecho sendero que terminaba en un lago inmenso, cuyas aguas impasibles sólo se movían si Beli arrojaba alguna piedra.

La grieta en el cielo_2023.indd 136 3/5/2023 00:14:45

—Estás harto de este lugar, ¿verdad? —preguntó Helena—. ¿Te asustaste o no?

—Caminás con los talones. Se te puede escuchar a cien metros de distancia.

Helena apoyó su piel por la espalda de Beli, lo apretó fuerte, como reteniéndole.

—Acá tenemos todo. No quieras irte. Vamos a quedarnos acá, ¿sí?

Beli pensó que estaba atrapado en una obra de mal gusto, de las que tienen colores chillones e irradian una felicidad falsa y se cuelgan al lado de la puerta de un baño, en algún bar de mala muerte.

—Siento que si bordeo esas montañas ahora me voy a encontrar con un marco de cartón —dijo Beli.

—No te entiendo nada —dijo Helena.

Él mismo eligió aquel lugar, así que la falta de buen gusto era exclusivamente suya. ¡Dios santo! ¿Tendría que reinventarse a su edad? Bueno, no era para nada viejo, pero la idea de dejar de pintar

La grieta en el cielo_2023.indd 137 3/5/2023 00:14:45

escenarios que exhumaran belleza pura lo aterraba. Sacrificó años de su vida hasta alcanzar la técnica necesaria para ser un maestro y lograr la perfección de un estilo era una zona de confort infranqueable. ¿Exploraría la antítesis de la belleza? No, ni pensarlo. Le daba miedo terminar como Pickman.

Fue ahí frente al lago, cuando sintió que el pozo que había excavado llegó hasta la roca más dura, que vio una especie de domo iridiscente alrededor del sol. Le dolían los ojos, pero no podía dejar de mirar. No supo qué era y regresó corriendo a su casa.

—¿Por qué venís corriendo como loco? Me vas a ensuciar todo el piso, ¡puerco!

Beli no sabía quién era esta mujer que osaba gritarle en lo que le parecía que era su propia casa. No tenía ni un solo paño para taparse y le gritaba como si fuese un intruso. A pesar de todo el miedo que sentía, logró sacarla a empujones y patadas y tapó provisoriamente la puerta con la mesa.

La grieta en el cielo_2023.indd 138 3/5/2023 00:14:45

—¡Imbécil! ¡Te volviste loco! ¡Dejame entrar ahora mismo, infeliz! —le gritó la mujer.

Estuvo así un buen rato hasta que oscureció. El siseo del trigal hizo que se durmiera más rápido. Se acostó ahí mismo frente a la puerta, por si la mujer trataba de entrar por la noche.

—No te muevas mucho, enseguida te sirvo un café, corazón —le dijo Helena.

Beli estaba atado en el suelo de la cocina, con la boca tapada con cinta de papel.

—Te pusiste como loco ayer. Creo que es porque te presionás demasiado en pintar. ¿Qué más da si pintás o no? Lo importante es vivir y ser felices. No tenés nada que demostrarle a nadie, corazón —le dijo Helena.

Le acercó la taza humeante a la boca y el primer sorbo le quemó los labios. Para el segundo ya estaba preparado y la bebida cayó como magma por su garganta. Helena lo desató y lo besó en los ojos, en el cuello y más abajo. ¿Qué habría pasado para

La grieta en el cielo_2023.indd 139 3/5/2023 00:14:45

que se comportara de esa forma? Un desvarío inusual. Nada que los pinceles no pudieran solucionar.

Odiaba que el arte fuera visto como terapia para algunos: «que pinte para que se desahogue», «que escriba para sacar todo lo malo». Si en eso consistiera el arte cualquier hijo de vecino armaría exposiciones colosales en la vereda de su casa: pero la técnica, el sentido de la estética, no lo lograban aquellos que sólo alardeaban de depresión. Beli podía pintar una abeja posada en un pistilo y hacer que el espectador rompiera en llanto.

Agarró sus enseres; Helena seguía en la cocina mirando su móvil, se escabulló para no tener que darle explicaciones. El lago seguía sin ondas, parecía una calcomanía puesta sobre la tierra. Cuando colocó el caballete lo volvió a plegar, tanta luz en sus pinturas, tanta monotonía. Tendría que buscar la belleza en las sombras de una piedra mohosa, en las goteras de una cueva hedionda.

La grieta en el cielo_2023.indd 140 3/5/2023 00:14:46

Otra vez el domo iridiscente enfrascaba el sol. Un taloneo furioso venía desde la casa que se encontraba en medio del trigal y el hombre, que ahora no recordaba cómo se llamaba, corrió por su vida. Tiró todas las cosas que tenía en las manos y luchó contra el impulso de volver a buscarlas. Tenía que esconderse; encontró una gruta y se arrinconó.

—Beeeliiiii —gritó la mujer.

Su cuerpo se elevaba sobre las espigas, tenía el rostro inacabado, como si alguien la estuviese dejando secar para luego continuar con las pinceladas. El hombre dejó que la mujer se alejase lo suficiente para poder salir. El paisaje completo se tiñó de un rojizo oscuro, era como si alguien estuviese aplicando una veladura.

Cedió al impulso y quiso regresar por sus cosas, las había dejado a metros del lago. La mujer se encontraba cerca del borde, la podía ver muy por encima del trigo, como si hubiese crecido varios metros en cuestión de horas. Tenía que agarrar sus

La grieta en el cielo_2023.indd 141 3/5/2023 00:14:46

cosas y largarse. Esta vez las luces del cielo vinieron desde otro ángulo, el sol seguía entre los picos de las montañas, donde siempre se hallaba, fuese de día o de noche. Del firmamento descendió un pincel empapado y la mujer fue ávida para dejarse hacer: primero fueron los labios, un trazo fino y discontinuo; y los ojos, dos puntos rojos que no pensaban alinearse. De esa forma, con los ojos que subían y bajaban por su rostro borroso, podría encontrar más rápido al fugitivo, y así complacer a su creador. Tal vez, cuando lo lograse, el pincel le haría unos labios regordetes y unos ojos claros.

El hombre corrió con sus cosas a cuestas, pensó que era el corazón el que le latía, pero era la tierra. Tenía en mente bordear las montañas y huir hasta que el corazón le estallase, pero sabía que no podría, debía aceptarlo, no habría absolutamente nada al otro lado de las montañas.

Sólo había una forma de escapar.

La grieta en el cielo_2023.indd 142 3/5/2023 00:14:46

—El cuadro definitivo, el cuadro definitivo, Beli, por favor —se dijo a sí mismo.

Apoyó el caballete lo mejor que pudo, el taloneo se dirigía hacia él, pero aún estaba lejos, podría darle el tiempo. Palmeras, con unas pocas bastaban; la arena amarilla y el sol radiante. Nada de trigo ni montañas, esta vez quería un panorama amplio; y en medio de la isla una cabañita sencilla, pero linda. Que nadie se atreviera a criticar su cuadro, podría ser sencillo y cliché, pero lograría lo que ningún otro cuadro habría logrado: salvar una vida.

—Bueno, eso aún está por verse —me dijo, mientras yo seguía escribiendo.

Aprecié el valor de chancear en un momento tan angustiante. ¿Qué es lo que te falta? —le pregunté.

—Tan solo mi firma —dijo—. Justo en la esquina inferior derecha: B-E-L-I.

La grieta en el cielo_2023.indd 143 3/5/2023 00:14:46

La grieta en el cielo_2023.indd 144 3/5/2023 00:14:46

HOMÚNCULO

Con borrar sus fotos y destruir el disco duro no le era suficiente. Los recuerdos se le agolpaban en la frente, le martillaban cada hendidura del cerebro y ya no tenía piernas para levantarse después de caer. El olvido tenía que ser definitivo: buscó ayuda, él solo no podría arrancarse un fragmento de la memoria, se tendría que operar.

El proceso no era tan complicado como suponía. Solo se usaba una aguja, del tamaño de las jeringas que sirven para condimentar carnes; cuando la doctora introdujo la aguja por encima de su ojo derecho él se sintió como un pavo siendo rellenado. Ella examinaba su pantalla para ver en qué lugar se alojaban los recuerdos de Natalia; debía tener mucho cuidado de no absorber los recuerdos de su infancia o de absorber su memoria entera, la

La grieta en el cielo_2023.indd 145 3/5/2023 00:14:46

doctora no quería tener que volver a despachar una mente en blanco, si volvía a cometer el mismo error ya no le valdría ningún soborno, por más alto que fuese.

La doctora no extrajo la aguja con el debido cuidado y Sebastián, en el sopor en el que se encontraba, sintió la piel desgarrarsele en el párpado.

—Un pinchazo de nada, parte del proceso —dijo la doctora.

En la jeringa había cientos de Natalias que se apretujaban como babosas, cada una de un recuerdo distinto, pugnaban por salir y respirar el aire que conocían como concepto, y desarrollar sus conciencias más allá del momento en el que estaban encasilladas, pero lo que obtuvieron fue el primer plano del hule negro del basurero.

La doctora se despidió de Sebastián dándole una palmada en la espalda, le dijo que podía volver a su casa por sus propios medios, que no hacía fal-

La grieta en el cielo_2023.indd 146 3/5/2023 00:14:46

ta ningún tipo de reposo, salvo que se le ocurriera saltar de un avión en paracaídas. Sólo debía tener cuidado con el parche que ahora llevaba en el ojo izquierdo. Su mente le parecía un juego de Tetris en el que se dejaron, a propósito, espacios aleatorios entre una figura y otra. Al caminar por la vereda le parecía que faltaban fragmentos, como si una mano grande hubiese agarrado un cúter para recortar cuidadosamente lo ahora faltante.

No sabía para qué había ido junto a la doctora, el parche en el ojo le hacía pensar que tal vez había sido una operación con láser, pero tenía la cabeza demasiado embotada como para tratar de desentrañar lo ocurrido, sólo quería llegar a casa y echar una siesta. Encontró en su bolsillo una nota, redactada con su propia letra, en la que él mismo se indicaba que no hacía falta escarbar en lo sucedido, que dejara las cosas así tal cual. No se hizo más preguntas. Fue al baño para sacarse el parche y verificar que todo estuviese en orden, podía abrir y cerrar los ojos sin problema alguno, su vista estaba bien, solo tenía un

La grieta en el cielo_2023.indd 147 3/5/2023 00:14:46

pequeño absceso en el párpado, que decidió no tocar por temor a que se agrandara.

Se despertó con la cabeza más liviana, lo cual no era algo bueno, sentía que faltaban pedazos de materia gris, como si un cúmulo de minas insertadas en su corteza se hubiesen activado para desperdigar todo su cerebro. Fue a cerrar la puerta principal porque ya tendría que ser de noche y no puso el seguro, pero al otro lado el sol irradiaba burocrático y monótono. Eran las seis de la mañana y debía ir al trabajo.

El absceso en su párpado le palpitaba tanto que parecía moverse. Ya no tenía tiempo para mirarse al espejo y tratar de reventarlo; su estética era algo que ya no le importaba, qué más daba si atraía la mirada de repugnancia de sus colaboradores, al fin y al cabo el sentimiento de repulsión iba más allá de un rechazo físico.

—Hola, Sebas, ¿cómo estás? —le preguntó su compañera.

La grieta en el cielo_2023.indd 148 3/5/2023 00:14:46

—Bien bien, gracias —respondió, sin devolver la pregunta porque la fatiga acumulada por los fangosos días le impedía mostrar interés.

—¿Y… cómo anda? —preguntó.

Sebastiín no entendió la pregunta y se lo hizo saber, ella volvió a formularla pero de su boca salió un ruido como de radio mal sintonizada, como si alguien de arriba o de alguna parte censurara todo lo que salía de la boca de su compañera. Él la miró alelado y ella se alejó enfurruñada, no sin antes recordarle con reproche la entrega tardía de algún informe, o de alguna nota o borrador, vaya a saber qué era y tampoco le importaba.

Ya no le importaba nada, era como si una piedra le faltara en el zapato, era pacífico, pero suponía una ausencia que no comprendía. Salió de la oficina y fue a la plaza, en caso de que se lo reprocharan se inventaría una excusa en el momento; no cuesta nada mentir cuando se siente la ropa vacía, como un

La grieta en el cielo_2023.indd 149 3/5/2023 00:14:46

cúmulo de gases que la hiciera levitar y andar, era vivir sin el peso de un propósito.

Sebastián se sentó en un banco de la plaza a mirar el pasto amarillento y la maleza que lo desplazaba. Los pájaros buscaban insectos entre las plantas, picoteaban entre la hierba y la arena, era un propósito simple pero claro; se tuvo que frotar los ojos porque no veía las cabezas de los pájaros, eran puro torso y alas; no sabía si la miopía se presentaba de esa forma: borrando aleatoriamente partes de la realidad. Esparció migas de pan a su alrededor y esperó pacientemente, saltó sin dudar cuando el primer pájaro se le acercó a metro y medio pero falló; esos torsos con alas se ponían a una distancia prudencial pero visible, burlándose de él, de su delirio de ausencia. Sabía que esos pájaros decapitados eran una pieza faltante en su rompecabezas.

Volvió a la oficina con la camisa llena de tierra y los pantalones rotos, tenía en su mano el cadáver de un pájaro sin cabeza. Todos sus compañeros

La grieta en el cielo_2023.indd 150 3/5/2023 00:14:46

voltearon desde sus asientos, pero él no les dio importancia; se sentó en su escritorio para apagar su computadora e irse, y vio en el reflejo de la pantalla negra que el absceso en su párpado ahora tenía el tamaño de una pelota de tenis.

Le dio fiebre, su frente estaba caliente como el capó de un auto estacionado al sol. Le dieron ganas de zambullirse en un arroyo o en un gran lago, y evaporar toda el agua con el calor de su cuerpo. La vida antes de su cirugía le parecía ajena, era una persona nueva que todavía no se conocía a sí misma; así que ya no podía volver a su casa y acostarse en la cama que ya no era suya, ya no podía caminar por esas veredas que le hacían sentir incompleto, se quedaría en la plaza en donde no había nada raro salvo los pájaros decapitados.

—En la plaza, en la plaza a darle de comer a las aves —dijo una voz encima de él.

Miró arriba y vio el cielo azul, detrás de él la gente caminaba por el sendero de la plaza y fue

La grieta en el cielo_2023.indd 151 3/5/2023 00:14:46

corriendo hacia ellos para preguntarles si habían dicho algo, se desperdigaron como una bandada de palomas.

—En el banco verde que está cerca del lago —le volvió a decir la voz encima de su cabeza.

Sebastián pestañeó y el sonido de los párpados chocando entre sí fue como el aplauso de una foca. Se frotó el absceso, era imposible que se infectara más, y palpó un par de piecitos que colgaban de esa bola de cebo.

—Sin hacer cosquillas por favor —dijo la voz, y sofocó una risita pícara que él creía conocer.

En el reflejo del turbio lago pudo ver su rostro: una mujer en miniatura colgaba de su párpado, parecía estar atrapada en el absceso que a su vez le servía para gestarse, como un caballito de mar en la panza de su padre. Sebastián fue hasta el banco que le había indicado la chica, al sentarse le pareció conseguir una pieza del rompecabezas. Era una

La grieta en el cielo_2023.indd 152 3/5/2023 00:14:46

imagen suelta que ahora replicaba sin saberlo, y el recuerdo que se materializó en esa pequeña Natalia que ahora colgaba de su párpado era el de su primera conversación con ella; no poseía el resabio de las discusiones, ni la amargura del amor desgastado que luchaba contra sí mismo para tenerse en pie; era borrón y cuenta nueva pero ninguno de ellos lo sabía.

—¿Cómo te llamás? —le preguntó Sebastián.

—Te lo acabo de decir hace un momento, me llamo Natalia. ¿No me estás prestando atención? —replicó la chica.

A Sebastián le pareció nunca haber escuchado esa palabra, como si esa combinación de letras jamás se hubiese dado en la historia: N-A-T-A-L-I-A; un octavo color en el arcoíris. Ella le pidió que le mostrase los recovecos de la ciudad, hasta el último rincón; estaba ávida de percibir las afueras de ese parque que conformaba todo su imaginario, absorbió hasta la última grieta que circulaba por el

La grieta en el cielo_2023.indd 153 3/5/2023 00:14:46

asfalto, las veredas roídas por los pisotones y los edificios que se inclinaban como yuyos sobre su cabeza. A cada paso, la conciencia de Natalia crecía y con ella su cuerpo; Sebastián se inclinaba por el peso cada vez mayor de su acompañante, que le plantaba un sentimiento extraño: en la boca del estómago un torbellino de residuos y en el pecho el bombardeo de ojivas nucleares, que hacían tintinear sus costillas. La amaba con la voluntad de cada una de sus células.

Recorrieron toda la ciudad; a Sebastián le ardían las pantorrillas.

—Tengo sueño —dijo Natalia.

—Sí, hace sueño, digo… yo también tengo sueño —respondió Sebastián, que se peleaba con su lengua para armar las palabras sin tanto rodeo.

Aunque el tamaño de Natalia ya era considerable, sus pies estaban a centímetros de poder tocar el suelo, aún seguía prendida del párpado, por

La grieta en el cielo_2023.indd 154 3/5/2023 00:14:46

lo que no quedaba de otra que dormir juntos. Se taparon sin decir nada, más bien por los mosquitos que habían declarado una guerra sin tregua, debajo de las sábanas sus cuerpos sudados se frotaban sin otra chance; y, Natalia, que parecía no comprender el alcance de la situación, seguía comentando todo lo que vio durante el día, mientras él luchaba para que su sangre no corriera tan rápido.

Su piel seguía tocando la de Natalia, que parecía arder como pólvora encendida. Quiso posar sus yemas en los surcos húmedos de su prado, pero se contuvo cuando estaba a un centímetro, se sorprendió de su propia perversión aunque al mismo tiempo se sentía con derecho. Decidió esperar a que las últimas horas de la noche se derritieran sobre su ansiedad, al empezar el nuevo día se toparía con nuevas oportunidades.

Lo primero que vio al despertarse fueron los tejuelones desteñidos del techo de su pieza. Se frotó los ojos para desperezarse y el ardor de su párpado

La grieta en el cielo_2023.indd 155 3/5/2023 00:14:46

despellejado le recorrió toda la columna, Natalia ya no estaba prendida a él. Estaría debajo de las sábanas o debajo de la cama, escondida en los recovecos de la cocina o colgada de alguna viga del techo, esperando para sorprenderlo y prenderle los labios con un beso. Pero no estaba por ningún lado. Un *déjà vu* le laceró el estómago a Sebastián, que ahora estaba sacando las baldosas con sus uñas para ver si ella estaba ahí. Pero no estaba, y tal vez nunca estuvo. El mismo destino le había sido vedado dos veces y en la segunda ocasión ni siquiera había sido culpa suya.

Se sentó en el borde de la cama y los pies le colgaron como si abajo hubiese un abismo. Ya no se atrevería a guardar el dolor en la caja del olvido, cuyas bisagras cedían fácilmente. Ahora esperaría a que el tiempo lo marchitase.

La grieta en el cielo_2023.indd 156 3/5/2023 00:14:46

La grieta en el cielo_2023.indd 157 3/5/2023 00:14:46

ÍNDICE

Rostro del ocaso 7

Los escucho 19

La grieta en el cielo 29

Dandelion 43

Nubes en llamas 57

Cuando el sol se apague 71

Las fotografías 85

La estación 99

Trastiendas 111

El Cobrador 121

Parhelio 135

Homúnculo 145

La grieta en el cielo_2023.indd 158 3/5/2023 00:14:46

La grieta en el cielo_2023.indd 159 3/5/2023 00:14:46

Impreso en Asunción en abril de 2023.

El 20 de abril de 1907 nació en Asunción Gabriel Casaccia, el fundador de la narrativa paraguaya moderna. Fue autor de novelas inolvidables como *La Babosa* (1952) y *La llaga* (1964), además de magníficos libros de cuentos como *El guajhú* (1938) y *El pozo* (1947).

La grieta en el cielo_2023.indd 160 3/5/2023 00:14:46